

20 reportajes para repensar la
visibilidad de las personas con VIH

HISTORIAS de VIHDA

por Pilar Devesa



Síguenos en
facebook 

Hitorias de VIHda

Pilar Devesa

Valencia, 2016

Comité Ciudadano Antisida de la C. Valenciana

Primera edición digital en 2015



LAS HISTORIAS

Silvia al desnudo	4
Llegar a ser <i>high level</i>	16
Lo capicúa que hay en mí	29
A mi hija, a su pesar	45
Historia reciente de un falso positivo	56
Mencionar el VIH	63
Lo disfrutable	70
Verónica significa victoriosa	77
Vías de escape	91
Aurora	97
Refugios	102
Volver a empezar	108
Transferencias	117
La de la Choza del Cojo	124
<i>White Lady</i> : los amores al límite	135
Varias dosis de Enrique	147
Otro Junio para Máryuri	159
Yo estimo, tú estimas, él ESTIGMA	169
Memorias de un largo viaje	182
La mujer rota: una crónica	192

Silvia al desnudo

Fue una de las primeras mujeres con VIH en Valencia. Difundió su testimonio por los barrios más perjudicados de la provincia y se convirtió en la evidencia más palpable de que el sida no era, como se creía, un localizado “síndrome gay”. Silvia Muñoz es todo un ejemplo de valentía y autosuficiencia. Llevó a cabo un proceso de adopción en solitario y motivó a otras mujeres afectadas por el virus a no reprimir su deseo de ser madres. Actualmente es la presidenta de AVACOS-H y su trayectoria recrea la fuerza magnánima de una mujer verdaderamente empoderada.

“Las personas vivas más fuertes son las que han sido más amadas y que más han amado de forma verdadera y respetuosa, que es lo que activa el sistema libidinal humano y desarrolla nuestras cualidades. Como decía mi madre, “el amor es ante todo fuerza”

Casilda Rodrigáñez, *La sexualidad y el funcionamiento de la dominación*, 2008

Una falsa alarma

En 1982 le diagnosticaron una enfermedad de transmisión sexual. Tenía 16 años. No parecía algo grave, pero el paso de los meses comenzaba a advertir que su enfermedad venérea había llegado para quedarse. *Su sistema inmunológico no responde con normalidad a los antibióticos habituales*, no tardaron en sospechar los doctores. Lo más adecuado parecía ingresarla para proceder a un seguimiento controlado: *“en el hospital no sabían qué hacer conmigo, por entonces no había ninguna prueba de sida, se contaban con los dedos de una mano los afectados en la ciudad y, además, todos eran hombres”*.

Esa misma semana alguien filtró a la prensa que en el Hospital Clínico estaba ingresada la primera mujer con sida de Valencia. Silvia pensó de inmediato que la información de *La hoja del*

lunes se estaba refiriendo a ella: “me sentí dolida porque la noticia daba voz a unos médicos que desmentían ese caso de sida por temor a crear alarma social”. ¿Sería Silvia esa mujer de la que hablaban los medios? ¿Cómo debía afrontar su situación? Todo le venía demasiado grande. Ella solo era una adolescente que acababa de entrar en el instituto y había comenzado a salir con chicos con el más absoluto desconocimiento de cualquier medida de protección sexual: “me junté con unas chicas muy adelantadas y comenzamos a fumar porretes y a probar otras drogas como el ácido o la mescalina. Tuve sexo por primera vez con un chico de 28 años que era adicto a la heroína y pertenecía a La banda de Barona, especializada en atracos. Él se murió en seguida y también la mayoría de sus amigos. Y yo a los pocos días recibí el alta del hospital y regresé a casa con mi recorte de prensa esperando que algún día pudieran darme un diagnóstico fiable”.

La noticia contrastada

Silvia intentó olvidarse del tema por un tiempo. Sabía que lo que todos llamaban sida estaba enterrando por neumonías a cada vez

más personas, pero por suerte en su caso ella podía llevar una vida de lo más normal. Se sentía joven, llena de oportunidades y al año siguiente se matriculó en la universidad para estudiar Turismo: *“durante esa época conocí a un chico, fuimos novios varios años y nos terminamos casando. Tras la boda me apareció un herpes zóster muy heavy y fui de inmediato a hacerme las pruebas”*. Tenía 22 años. Era el año 1988, la prueba había llegado a España cuatro años antes y Silvia estaba preparada para recibir cualquier valoración.

Tras la confirmación del médico Silvia pensó en actuar rápido para poder llevar cuanto antes una vida normalizada. En 1989 fue la primera vez que visitó el Comité AntiSida como usuaria: *“allí una psicóloga me acompañó en todo el proceso. Cuando fui consciente de todo lo que significaba tener VIH pasé por todas las fases posibles, pero al final terminé aceptando que nunca hice nada que no quisiera, al contrario, lo pasé bastante bien, así que me parecía poco razonable arrepentirme de mi pasado. Ésa no era la salida”*. Silvia recibió el apoyo de su marido y nunca cambiaron sus rutinas sexuales porque desde los inicios de su relación ya habían

estado concienciados sobre la importancia de usar el preservativo.

“Vivíamos en El Grau. Nuestros primeros años de casados fueron muy divertidos. Teníamos un ático estupendo y, en definitiva, una vida cómoda. Yo trabajaba en una agencia de viajes y no estaba mal. Pero cuando nos planteábamos el tema de tener un hijo yo siempre era muy reacia. Se me quedó grabado en la mente aquello que los médicos me dijeron sobre la maternidad: era mejor no tener hijos para evitar que pudieran contraer el virus en un futuro”. Silvia demandó orientación a la trabajadora social del Comité y ésta le propuso la posibilidad de adoptar: “al consultarlo con mi marido le pareció una buena idea y decidimos intentarlo. No estaba segura de tenerlas todas conmigo, pero en 1995 tuvimos la suerte de ganar un segundo premio de lotería y eso nos facilitó poder recibir en casa de manera provisional a una niña preciosa de un añito”.

Mujer no esposada

El marido de Silvia no tardó en comenzar a consumir cocaína. Podía permitírselo

económicamente así que, a pesar de acabar de estrenarse como padres con la mayor de las ilusiones, los años que vinieron fueron una auténtica pesadilla para Silvia: *“se había convertido en un hombre muy dependiente. Quiso dejar la coca y se vició a la heroína. Quiso dejar la heroína y se vició a las pastillas. Y cuando me di cuenta estaba viviendo con un loco”*. Lo acompañó durante dos años al psiquiatra. Ella quería que volviera a ser el de antes. Llevaban diez años casados, pero el amor se estaba esfumando: *“había muchas discusiones y él me chantajeaba diciéndome que si me iba de casa me quitarían a la niña porque tengo VIH”*. A Silvia le aterraba pensar que pudieran separarle de su hija, por eso cogió el toro por los cuernos, preparó la maleta y a la niña, y se marchó de casa: *“sufrimos persecuciones y prosiguió una etapa bastante angustiosa para mí”*. Rondaba el año 1998, estuvo de baja por depresión y se le terminó concediendo la invalidez permanente por VIH.

“Durante los años anteriores había empezado a acudir al Comité como voluntaria para ayudar en cualquier tarea que necesitaran”. Poco a poco Silvia se fue involucrando más y más en la asociación y pasó a ser miembro de

la Junta: *“al principio fui vocal, después secretaria y más tarde vicepresidenta del Comité”*. Fueron unos años muy intensos de trabajo donde se programarían infinidad de charlas en las zonas más sensibles, como Burjassot 613, La Coma o Picassent. Las charlas estaban estructuradas en dos bloques: *“primero hablaba la psicóloga que enfocaba su discurso hacia la prevención y luego hablaba yo. Mi testimonio siempre captaba muy fácilmente la atención. No me daba miedo hablar sin tapujos y no tenía apuro de hablar en público de mis experiencias íntimas. Las mujeres siempre sentían mucha simpatía y los hombres me miraban como pensando pues no solo va de gays la cosa”*. Por entonces la gente seguía muriendo de sida: *“las personas vinculadas al Comité íbamos de entierro aproximadamente una vez a la semana y por eso mismo era tan necesaria la difusión de información”*.

La difusión necesaria

Durante los diez primeros años desde que apareciera el Comité AntiSida en el año 1989, sus técnicos, usuarios y voluntarios se quedaron sin sede en varias ocasiones. Silvia

cuenta que entre mudanza y mudanza sucedieron anécdotas de lo más ilustrativas: *“al principio, las juventudes socialistas nos ofrecieron un local en calle Pelayo y muy poco después las juventudes del PP también quisieron mostrarse sensibilizadas y nos propusieron dar una charla a las mujeres afiliadas. Todas vinieron de peluquería. Comenzamos una conversación informal y de repente una se levantó como con una gran idea: ¿a nadie se le ha ocurrido la posibilidad de esterilizar a estas mujeres? Nosotras habíamos ido a dar la charla porque pensábamos que hasta las mujeres del PP debían estar informadas. Pero no podíamos salir del asombro. Fue muy revelador”*.

Poco después la sede del Comité se trasladó al Centro Social Okupado calle Flora, activo desde 1991: *“el kasal popular era todo un edificio y nosotros nos instalamos en uno de los pisos. Teníamos espacio suficiente para las reuniones de autoapoyo y para otras actividades de carácter lúdico. Había muchas asociaciones instaladas, se realizaban fanzines, se programaban conciertos y se informaba sobre el consumo de drogas”*. A pesar de tratarse del centro social más activo de la ciudad durante aquellos años, el CSO

calle Flora fue desalojado el 20 de diciembre de 1996 por la Policía Nacional ante la mirada atónita de los trabajadores sociales y entre las provocaciones del sector neonazi valenciano. Pero la vida seguía. Y la actividad del Comité también. Con o sin sede.

Había conocido Silvia a tanta gente con VIH que llegó a darse cuenta de que por norma más o menos general se había forjado una tendencia: *“las personas retraídas, deprimidas o victimizadas por la enfermedad caían rapidísimo. Todo hacía pensar que era necesario intentar empoderarse”*. Y eso que Silvia no las tenía todas consigo.

Madre soltera y con VIH

Cuando se separó finalmente de su marido, en los servicios sociales no fueron muy optimistas con el caso de su hija: *“me avisaron de que podía perderla en cualquier momento”*. A su ex marido le quitaron la tutela por sus conductas adictivas y a Silvia volvieron a realizarle desde el principio todo el protocolo de idoneidad. A la madre y a la hija esos años les parecieron décadas: *“no recibí la patria potestad ni los documentos*

acreditativos de adopción definitiva hasta que la niña cumplió los 7 años. Entonces mi hija pasó a llevar mis dos apellidos y ese día fue toda una fiesta. Me sentía muy orgullosa porque todo mi esfuerzo y, sobre todo, toda mi actitud habían obtenido una recompensa”.

Mantuvo después una relación que duraría diez años con un chico que había conocido en el Comité, pero en el año 2009 deciden separar sus caminos. Un año más tarde Silvia es diagnosticada con Hepatitis C y decide cambiar de rumbo su vida para tratar de cumplir uno de sus sueños, estudiar Bellas Artes: *“esta carrera me dio mucha vidilla, me rejuveneció y sacó mi vena más creativa. Desde entonces la pintura se convirtió en mi segunda arma de expresión y comencé a incluir mensajes subversivos en mis obras. El activismo artístico me parece sumamente interesante y lo utilizo sobre todo para crear impacto”.* Entonces, tras finalizar la carrera se acercó a Avacos-H para proponerles ayuda y lo primero que hizo fue organizar una exposición fotográfica sobre mujeres positivas: *“poco a poco seguí colaborando en otros ámbitos y con el paso de los años me eligieron como presidenta”.*

“Pasé una larga temporada sola con mi hija. Quería convencerme de que podía hacerlo, de que no necesitaba estar con ningún hombre para sentirme plena y, de hecho, lo conseguí. Pero hace dos años conocí a un hombre que creó en mí nuevos planes e ilusiones y me dejé llevar por lo bueno que me venía. Actualmente vivimos juntos con mi hija y somos realmente felices, de no ser porque nunca en esta vida llega a ser todo como una quiere”.

Una lucha que sigue

En mayo del pasado 2014 Silvia es diagnosticada con cáncer de pulmón. Se somete a un tratamiento de radio y quimioterapia, y hace dos semanas un TAC descubre que su tumor se ha reducido a la mitad.

“Sé que este tipo de cáncer tiene un mal pronóstico. Sí. Lo tengo asumido. Pero ya es la segunda vez que los médicos me dicen que tengo una enfermedad mortal y, desde luego, lo que he aprendido es que no serán sus diagnósticos los que me arrebaten las fuerzas para seguir adelante”. Silvia siempre se ha

visto como una mujer con suerte porque piensa que todo podría haberle ido mucho peor. Es consciente de su valía y ésta se evidencia en el entorno por la forma en que se adapta a los cambios: *“gracias al apoyo de mi familia me ha sido mucho más fácil aprender a gestionar mis emociones, he sabido señalarme con el dedo con suficiente autoestima ante las masas prejuiciosas y me he recuperado estupendamente de un tratamiento de quimioterapia. Qué puedo decir, mas que nunca he dejado de vivir con alegría. Es por eso que con todo, y por todo, me siento plenamente orgullosa de la mujer en que me he convertido. De la mujer que soy”*.

Silvia Muñoz falleció en el año 2015

Llegar a ser *high level*

Juan Carlos tiene 51 años y desde hace más de treinta consume heroína. Ha pasado la mitad de su vida en una veintena de prisiones y su lema siempre ha sido ir un paso por delante de los demás porque *el que va primero, va dos veces*. Contrajo el VIH por alquilar una *chuta* en la cárcel y la última vez que quedó libre se miró al espejo y sintió miedo de contemplarse envejecido. Juáncar lleva ocho meses limpio y esta es su historia de carreras.

“El mono, ¡jodido mono! Que sin árboles, ni lianas sabe trepar solo”.

David Martín Surroca, Poemario Yonqui, 2015

Juan Carlos nació en el año 1964 como el hijo menor de siete hermanos varones. Vivían en el arrabal de La Ventilla, en Madrid, pero pronto se desplazaron a Móstoles donde el padre, que era pintor, tenía más oportunidades laborales. Trabajaba de sol a sol para que sus hijos no tuvieran necesidad de sacrificarse. Y a ese buen deseo Juáncar se aferró desde que tuvo uso de razón. Con 13 años no le gustaba estudiar y tampoco podía trabajar legalmente, así que optó por descubrir su adolescencia en su medio preferido: la calle.

“A mí lo que me gustaba era estar con los colegas, los ciegos y las chicas. Lo normal, te juntas con los chavales del barrio y empiezas con el cannabis y los ácidos. En casa se me exigía muy poco. Mi madre había convencido a mis hermanos de que me tenían que cuidar y entonces siempre había alguien para darme unos cuantos duros para gastar. Eso, en cierto sentido, me volvió un poco caprichoso porque, aunque pasaran los años, nunca dejaba de ser el pequeño”.

Con algo de dinero en los bolsillos, aunque siempre insuficiente, Juáncar podía crear planes con sus colegas sin excesiva limitación: *“nos juntábamos un grupito,*

pillábamos 50 gramos de chocolate y varios tripis y pasábamos el finde por ahí, de un lado a otro”. Les gustaba salir donde hubiera jóvenes más mayores: “nos enseñaban que había drogas de adultos y nosotros teníamos muchas ganas de probarlas y ser como ellos. Cuando eres pequeño solo quieres crecer para hacer lo que hacen los otros. Y eso nos pasaba. Fumábamos marihuana y comíamos cartones, pero eso no dejaba de ser un nivel uno y nos sabía a poco. Queríamos ser más expertos y llegar cuanto antes a formar parte del grupo de los old school”.

Los hermanos de Juáncar le habían enseñado a conducir muy pronto: *“eso me permitió hacer muchas travesuras, pero también pasármelo de vicio. Ellos tuvieron alguna época consumidora, pero yo terminé superándolos en todos los sentidos”.* A él por entonces lo que más le gustaba era fumar canutos: *“empecé a hartarme del LSD porque me había comido muchos y me dejaban atrapao. Y en cuanto me lo hacía quería que el golpe se acabara rápido. Y eso no mola. Yo quería dar un paso más y probar con la droga de los Hombres”.*

A los 18 años Juáncar experimenta un cambio notable en su vida. Se ha convertido

en mayor de edad y sus padres le acaban de regalar un coche. Ya no tiene, como antes, que pedírselo a sus hermanos y ya no se siente inferior respecto a ellos. Comienzan las largas noches de fiesta y ahí asciende de nivel en lo que se refiere a su consumo de drogas, empezando con la coca: *“una vez tuve el coche, fui conociendo los extraradios y los del grupo empezamos a experimentar con drogas más duras y a conocer chicas”*. Ya era adulto, pero no estaba dispuesto a conformarse con una vida condicionada por las responsabilidades: *“ahí tampoco quise buscar un trabajo; yo he sido siempre un bala perdía y no iba a cambiar entonces a peor. Lo que yo quería era disfrutar con mis colegas y eso era cómodo. Lo más loco estaba por venir”*.

Se llevó entonces a su primera novia seria, Marisa, a vivir a la casa familiar: *“mis padres querían que nos casáramos para que yo sentara la cabeza, pero esas cosas a mí no me iban. Mis hermanos fueron poco a poco yéndose de casa con sus respectivas y al final nos quedamos Marisa y yo solos con mis padres. En 1984 ella se quedó embarazada y a mí me llamaron para ir a la mili. A partir de ahí todo empieza a írseme de las manos”*.

Historias de la mili

Tras jurar bandera en Córdoba le destinan a la Línea de la Concepción para proteger el cuartel de misiles antiaéreos: *“imagínate, por allí, chocolate, todo el que quisieras”*. Y ahí Juáncar empieza a drogarse por la vena: *“me hice amigo de un catalán que le daba bastante y me di cuenta de que yo necesitaba varias rayas de coca para ponerme engorilao y él con una chispa de heroína se pillaba unos colocoques alucinantes. Yo eso quería probarlo. Así que nos íbamos los domingos de permiso a pillar y nos la hacíamos por la calle o en una pensión, si teníamos suficiente dinero. Nos tirábamos el día ciegos. Era lo mejor de la semana”*.

Juáncar se metió en varias peleas durante ese período: *“quizás porque he sido un poco malcriado he querido tener siempre la razón y eso me metía en muchos problemas. La primera pelea fue en una guardia de fin de semana en el monte. Yo me había llevado mi bola de chocolate para pasar el rato y vino un tipo pidiéndome un poco y yo no quise darle. Por cosas así me acabaría metiendo en líos muy gordos tiempo después. Yo no me dejo pisar por nadie”*.

Quien se hacía heroína por entonces en la mili era, entre la gente que se drogaba, un poco más hombre que el resto de los reunidos en pos de alucinar. Se debía un respeto porque había alcanzado un nivel especial o, al menos, eso pensaba Juáncar cuando empezó a experimentar los primeros chutes: *“a mí sobre todo me hacía sentir superior y satisfecho”*. Al principio, podía elegir cuándo combinar sus ciegos; si quería fiesta esnifaba cocaína y si quería bienestar se inyectaba el caballo: *“pero no tuvieron que pasar muchas semanas para que el cuerpo me pidiera heroína a todas horas”*.

Fue al terminar el servicio militar y regresar de nuevo a Madrid cuando la adicción de Juáncar se hizo más y más intensa, y comenzó a dejarse descubrir en su entorno más próximo. Marisa, que cuidaba en solitario de la hija de ambos, había intentado ayudarle en repetidas ocasiones, pero no había quien lo enderezara. Sus padres se enteraron de su enganche y dejaron de abastecerle como de costumbre así que él no se lo pensó dos veces: *“empecé a robar coches y en seguida vino lo fuerte”*.

La época de los trabajos

Convocado por varios colegas, comenzaron a planear atracos en bancos y farmacias: *“llegábamos en cualquier coche robado, entrábamos en el sitio con machetes, nos pirábamos en seguida sin causar heridos y luego nos pasábamos el día drogados comentando la jugada. Después, llevábamos el coche a un descampado y lo reventábamos. Soltábamos mucha adrenalina y era una forma rapidísima de conseguir dinero y drogas legales”*.

Todo fue yendo a más porque Juáncar comenzó a codearse con atracadores de más altura. Ellos se hacían con más dinero solo porque llevaban un arma de fuego, así que no tardó en pensar *¿y por qué yo no?* Se hizo con una recortada en el mercado negro e inició otra serie de atracos que le facilitaron rápidamente grandes beneficios.

“Hubo una temporada que atracábamos tres bancos a la semana, a unos 6 millones de pesetas por banco, ya ves, vivíamos a lo grande y cuanto más teníamos, más necesitábamos. Mis colegas y yo éramos muy espléndidos. Hacíamos comilonas para medio barrio y a nuestra gente no le faltaba nada.

Llevábamos ropa buena y nos sentíamos poderosos. Sin embargo, también tuvimos que pagar un precio muy caro por todo lo que conseguimos. Algunos amigos murieron tiroteados y otros arruinaron a toda su familia. Yo no era consciente de lo que realmente sucedía porque estaba muy enganchado a atracar, a menudo solo por el subidón que me proporcionaba”.

“Nunca hice daño a nadie mientras trabajaba y eso me mantiene tranquilo”. Y llama trabajo a robar por una razón muy convincente: “son tantos años de atracos, de planes y proyectos, tantas horas invertidas en plantear y ejecutar robos, que al final cuando uno se da cuenta ha pasado toda su vida dedicándose a ello y no sabe hacer otra cosa. Uno es lo que es”.

**Burgos, Carabanchel, Valdemoro,
Navalcarnero, Salamanca, Palencia,
Valladolid, Soto del Real...**

Juáncar empezó a entrar y salir de prisión con mucha facilidad: *“la primera vez estuve en busca y captura unos días porque me reconocieron por foto en el último trabajo que había hecho. Se me habían acumulado*

muchas causas y entonces fueron llegando las condenas". Ha estado un total de 14 años en prisión de manera intermitente, sin contar lo preventivo que sumaría otro tanto.

Cada vez que le pillaba la policía, a Juáncar lo que más le preocupaba era no poder drogarse:

"generalmente me comía el mono a pelo porque aunque en la cárcel puedas conseguir material, nunca es el suficiente al que tú estás acostumbrado". Cuando salía, él seguía con su rutina de atracos porque no sabía qué otra cosa podía hacer: *"con el tiempo, empecé a cansarme, llegaba casi a agradecer que me volvieran a encerrar porque lo veía como una oportunidad para desengancharme definitivamente"*. Pero Juáncar salía limpio y otra vez volvía a la carga. No veía salida y tampoco se le olvidaba que, de todas maneras, la cárcel era un lugar muy duro para vivir.

"Me tragué mucho laboratorio –trata de buscar sinónimos- estuve en muchas celdas de castigo y siempre me tocaban las peores galerías. Y todo porque ni en la cárcel fui capaz de callarme cuando debía". Juáncar se involucró en muchas peleas durante su

período penitenciario y fue apuñalado hasta en tres ocasiones: *“la primera vez fue en la calle por una discusión que venía de antes, en la cárcel. Era un tipo de mi barrio que medía dos metros y vino a clavarme un cuchillo por la espalda. Las otras dos veces sucedieron dentro de prisión y fueron por el tú me debes de una papelina, o algo así”*. Nunca le pasó nada grave y tampoco permaneció impasible: *“yo también di alguna puñalada en alguna ocasión por motivos similares. Ahí regía la ley del más fuerte y uno tenía que ir siempre empalmaa. Si bajabas al patio, lo hacías con el cuchillo escondido porque no sabías lo que te podía venir. Todo eso ahora ha cambiado con los años y a mí me parece que ahora la prisión es algo más light”*.

Juáncar admite que nunca le han gustado los abusos, nunca fue de los que quitaban las zapatillas a los novatos, pero presentía que solo él podía protegerse de cualquiera que se hiciera pasar por enemigo. Debía aparentar fortaleza: *“no servía de nada intentar ser buena persona porque la condena no tenía ninguna intención de reinsertarte en la sociedad. Siempre me apunté a los tratamientos de rehabilitación y nunca me llamaron para participar en ninguno. Así que*

estabas solo; si no eras duro estabas perdido”.

La meta: (des)habituación

Probó con la metadona, como recurso de dudosa eficacia para abandonar sus conductas adictivas, pero Juáncar se vio inmerso en el mismo foso que otras muchas personas con su problema: *“cuando llegaron a Madrid estos tratamientos fui de los primeros en probarlo, mi carné de tratamiento de metadona tenía el número 87 en la asociación de mi barrio. Empecé a consumirla como sustitutivo de la heroína, pero al final la combinaba con pastillas o con coca porque yo seguía queriéndome poner ciego”.*

Entonces volvió a entrar en prisión y allí mismo le diagnosticaron VIH. A él y a otros cuatro colegas que habían alquilado una jeringuilla a un tipo para hacerse un pico muy deseado: *“nos decían que el virus se muere en el aire a los cinco segundos, así que pensábamos que si la limpiábamos bien no pasaría nada”.* Se rigieron por aquello que preferían creer y el ciego terminó embriagándoles de pura realidad.

“Yo renuncié a tomar el tratamiento contra VIH de la época porque me parecía veneno para ratas. Veía a los compañeros que lo

tomaban y estaban muy jodidos, así que en aquel momento prefería morirme de manera natural. Sin embargo, luego llegaron unos retrovirales diferentes y, al ver que la gente mejoraba, demandé mi tratamiento”.

Juan Carlos ha entrado en prisión unas cuarenta veces y ha terminado por sentir que necesita enriquecerse de otras acciones para poder seguir adelante: *“estos últimos años he recobrado un poco el contacto con mi hija, que ya es una mujer de 30 años. Ella siempre ha comprendido quién era su padre y se ha mantenido respetuosa con mi problema”.* Los hermanos de Juan Carlos han tratado de ayudarle con empeño durante muchos años, invitándolo a participar en terapias de lo más diversas: *“estuve durante un tiempo metido en un grupo de la Iglesia por petición de mi familia. Lo quise intentar por ellos, pero como la cosa no me convencía desde el principio terminó por no salir bien”.* En un último esfuerzo, uno de sus

hermanos se puso en contacto con el Comité AntiSida de la Comunidad Valenciana, donde le habían comentado que ofrecían un tratamiento integral de servicios a personas con VIH y dificultad para reinsertarse en la sociedad.

Juan Carlos se desplazó hace dos meses a Valencia y actualmente vive en un piso tutelado con tres compañeros. Acude al Centro de día EL FARO y participa activamente en los talleres que se realizan: *“estoy adquiriendo nuevas formas de vida y espero generar el cambio verdadero que todos esperan de mí. Lo cierto es que a veces aún se me remueve un poco el estómago cuando pienso en un chute, pero psicológicamente estoy concienciado de que ya no quiero eso para mí. Me merezco algo mejor”*. El plan de Juáncar es rehabilitarse por completo y establecer nuevas rutinas comportamentales en entornos favorecedores, pero sobre todo su objetivo último es poder regresar a Móstoles para convencer a los suyos de que Juáncar sí ha cambiado. Y ha conseguido verdaderamente ascender de nivel.

Lo capicúa que hay en mí

No había dejado de querer ser mujer cuando salió de la cárcel, pero lo había pensado concienzudamente y decidió que era la opción más adecuada para mantenerse alejada de las drogas y de la prostitución. La sociedad no estaba preparada para aceptarla como mujer transexual y Domi se cansó de ser el estereotipo que todos habían hecho de ella: una artista de la farándula y, cuando no, carne de cañón a servicio de cualquier hombre en plena calle de la Paz.

*El sexo psicológico es aquél con el que la persona se siente identificada.
Viene determinado por su identidad sexual.
El sexo social es el construido socialmente a través de comportamientos,
valores y actitudes, que son consideradas propias de hombres o mujeres.
El sexo biológico, la suma de todos los elementos sexuados del organismo. Y
el género, la suma de manifestaciones y valores que se asocian
culturalmente a un sexo determinado.*

El semáforo de las palabras sobre transexualidad, 2006,
Asociación estatal de hombres transexuales

En los años 80 los roles de género comienzan a desprenderse de su condición intrínseca e inamovible: las mujeres salen de sus casas para plantar cara al patriarcado y muchas personas que a menudo se pensaban homosexuales inician un período de apertura y transgresión en todos los niveles. Todos y todas querían liberarse, despojarse de las cargas psicológicas y sociales que habían venido arrastrando durante la represión franquista, y sentir que se les otorgaba una oportunidad de ser felices sin peros. Había un halo de luz, parecía que había llegado el momento de dejar de esconderse: *“se dice que son pocas las personas dispuestas a cambiar todo en su vida para cumplir su sueño. Yo quise creer que me merecería la pena, pero de nada sirvió mi valentía, ni tanto sufrimiento de mi familia. No se me permitió llevar la vida de una mujer normal y para sentirme respetada tuve que volver a ser un hombre”*.

La época en que cultivar una calabaza gigante era noticia

Domi nació en el seno de una familia rural que vivía en una casa cedida por un gran propietario a cambio de trabajar sus terrenos en las inmediaciones de Llaurí, un pueblo cerca de Cullera. Era el año 1961. Los padres de Domi acababan de perder a dos hijos ahogados en una charca de la propiedad y la vida en casa estaba inundada por la tristeza: *“mi padre no sabía otra cosa que cuidar animales y trabajar la tierra. Era un hombre bueno que si recogía un saco de naranjas cuando llegaba a casa traía medio quilo porque el resto lo había ido repartiendo. Sin embargo, la mitad de lo que ganaba lo gastaba jugando en el bar y bebiendo. Mi madre, sin embargo, era la que fregaba, cocinaba y cuidaba de los hijos con todo el amor que podía”*. Unos años más tarde, otro de los hermanos enfermó por aquella época y también falleció. La madre dio un ultimátum a su marido: *“no puedo estar en esta casa más, me voy con los niños, con o sin ti”*.

Finalmente, partieron el matrimonio y sus otros cuatro hijos a casa de un familiar en el Cabanyal. Se movieron a Paterna y en última

instancia se acabaron instalando en Burjassot, donde el padre encontró una granja de pollos en la que trabajar. Por entonces, Domi tenía 4 años y ya se sentía un niño diferente.

La madre de Domi comenzó a dedicarse a la limpieza y el padre encontró unas tierras que cultivar y en las que pasar el rato. A Domi le gustaba ayudar y una vez la prensa le entrevistó porque recolectó junto a su padre una calabaza descomunal: *“he sido siempre una persona muy dispuesta a ayudar, he tenido mucha sensibilidad y no comprendía qué sucedía dentro de mí. Siempre he ido con chicas y eso me hacía ser el centro de las burlas de los compañeros y profesores”*. Cuando en clase de gimnasia Domi no corría tanto como otros niños el profesor le ridiculizaba. Llegó a pegarle en una ocasión porque el equipo de clase había perdido un partido de fútbol por su culpa. Y Domi se sentía mal porque se veía obligado a realizar actividades con las que no se sentía identificado. A él le encantaba saltar a la comba, cantar, bailar y pasar tiempo con su madre. Le encantaba que le contara aquellas historias de la Guerra Civil, cuando su familia se escondía bajo las barcas de la

Malvarrosa para escapar de los bombardeos fascistas. Domi era una persona fácilmente impresionable y estaba deseoso de descubrir lo que había más allá de los campos de naranjos.

En 1977 el padre de Domi muere de cirrosis a los 61 años y la madre rehace su vida al poco tiempo: *“todos nos debíamos una nueva oportunidad así que decidí alquilar un piso en Valencia”*. Tenía 17 años, comenzó a trabajar de camarero y empezó a conocer que había más personas como él: *“al llegar comprendí que no había un gay cada diez pueblos y me sentí aliviado porque pensé que había encontrado la respuesta a mis preguntas”*. Domi comenzó a descubrir el mundo de la noche sin dejar de pensar que debía ser muy cuidadoso: *“mi primera relación sexual fue con un chico que conocí en la discoteca Emperador. Se llamaba Daniel y me dijo que tenía novia, cosa que me sorprendió. Yo aún no sabía nada de la vida. Él me invitó a dormir a su casa y yo acepté, a pesar de que no entendía que un hetero quisiera sexo con un hombre. Él me pidió que me quedara a dormir y yo estuve toda la noche en vela por si se arrepentía y decidía hacerme daño”*.

Domi comenzó a experimentar con su cuerpo de manera más normalizada, seguía buscando respuestas que le ayudaran a comprender lo que había vivido durante su infancia y al poco tiempo se vio motivado para dar un paso más: *“empezaron a ponerse de moda las actrices trans y me sentí muy atraído por ellas. Me parecían guapísimas y pensé que yo también podría ser una mujer preciosa. Entonces tenía 20 años y sentí que había encontrado un modo de vida coherente con mi manera de ser”*.

Era una decisión muy difícil, implicaba comenzar a modificar la voz, el vestuario, los comportamientos, actitudes y los gestos. Domi estaba dispuesto a crear una nueva identidad acorde a la personalidad que había mantenido oculta desde que nació, así que habiendo nacido hombre se sometió a un proceso progresivo de cambio de sexo: *“lo primero que hice fue rasurarme el pelo de todo el cuerpo y dejarme crecer el de la cabeza. Comencé usando ropa de mujer y poco después empecé a hormonarme y me operé la cara y los pechos. Me veía como una estrella, era guapísima y muchos hombres se sintieron atraídos por mí y eso me encantaba. Otros solo quisieron aprovecharse”*.

Qué hace una chica como tú en un sitio como éste

Ser trans en los 80 te permitía ganar dinero muy fácilmente; eras una novedad morbosa, algo casi inexplicable en aquel momento, así que todos querían saber lo que era echar un polvo con una mujer como yo, explica Domi mientras se saca unas fotos de su cartera. También cuenta que había conocido a un par de actrices transexuales y la invitaron a formar parte de su equipo: “empezamos a hacer bolos por todas las salas de Valencia y pronto nos llamaron de otras provincias del país. Teníamos mucho público y yo me sentía una verdadera artista”. Sin embargo, las actuaciones no siempre satisfacían económicamente las necesidades de Domi, que estaba llevando a cabo el pago de todos los tratamientos de reasignación sexual, así que comenzó a vivir la calle, con todos los peligros que la habitan.

“Me prostituí durante varios años y viví situaciones de todo tipo: para reír y para llorar. Sin embargo, fui víctima de injusticias muy graves sólo por el hecho de ser transexual”. Dice que podría poner mil ejemplos y, de repente, se lanza rápidamente

a contar una anécdota que considera especialmente ilustrativa: *“en una ocasión dos policías me subieron al coche para llevarme a comisaría supuestamente por prostituirme en la calle, pero en realidad me llevaron a un descampado: te soltamos si nos la chupas a los dos, me dijeron. Y me desnudaron, se llevaron mi ropa y me dejaron allí tirada a las tantas de la madrugada. Regresé a casa haciendo autostop tapándome los genitales con un trapo que había tirado por tierra”*. No fue la única vez que Domi vivió un abuso de este tipo. Y tampoco fue él único tipo de abuso al que fue sometida.

José era un hombre grande y fuerte que trabajaba en Levantina Seguridad. Un tipo chapado a la antigua que quedó prendado de Domi una noche que reclamó sus servicios por los callejones contiguos a calle de la Paz: *“él era muy hombre y me encantaba y, a pesar de que se consideraba hetero, siempre me demostró en la intimidad que yo le gustaba de verdad”*. Establecieron una relación formal que duró algunos años: *“eso sí, yo debía hacer grandes esfuerzos ante sus amigos y familiares para que nadie sospechara que no era una mujer como las demás. A veces incluso sacaba compresas de mi bolso para*

que la gente pensara que tenía la regla. Todo lo hacía por su comodidad, porque solo de esa manera podía perpetuar mi relación con él”.

La familia de Domi estuvo siempre a su lado en todo momento: *“es cierto que tanto mi madre como mis hermanos sufrieron mucho con mi caso, en cierto sentido les avergonzaba, pero con el tiempo todos asumieron que yo era así y no había vuelta de hoja”.* Manuel, uno de los hermanos de Domi, comenzó a tener problemas en casa con el marido de su madre y solicitó a Domi y José vivir con ellos en el piso que acababan de alquilar en la zona de Gaspar Aguilar: *“yo quería ayudar a mi hermano, lo que no sabía era que él y mi chico se acabarían haciendo muy amigos y comenzarían a consumir heroína juntos. Ahí se inician mis problemas”.*

El día que Miguel Ríos presentó su álbum Rock and Ríos en Mestalla

Domi había dejado a un lado la prostitución y el mundo de la noche porque José había sido muy explícito con el tema. Había abandonado las rutinas que no gustaban a su novio, y éste

la compensó convenciendo a Manuel para atracar un banco: *“se habían enganchado a la heroína, yo no trabajaba y mi hermano tampoco, así que José no tuvo ninguna otra mejor idea que llevarse a mi hermano a robar, ayudándose de la pistola reglamentaria cedida por Levantina Seguridad. Yo me negué a todo, pero la primera vez les salió bien y trajeron a casa dos millones y medio de pesetas”*.

Pensó Domi que tendrían suficiente durante un tiempo, así que trató de reducir sus preocupaciones y disfrutar de los beneficios de un golpe perfecto. Sin embargo, José no tardaría en proponer a Manuel otro atraco, con lo que Domi reaccionó de inmediato: *“sabía que si lo hacían otra vez les pillarían y yo no quería tener nada que ver. Ese día tuve una discusión grandísima con José y para fastidiarle me hice un pico de heroína. Lo recuerdo bien porque fue el primero. Esa noche tocaba Luz Casal y Miguel Ríos en Valencia. Era el año 82. Tuve un viaje bastante jodido, lo vomité todo, y al día siguiente cogí mis maletas y partí hacia Madrid para probar suerte de nuevo en el mundo del espectáculo”*.

Llegada a Madrid, las opciones que tenía eran más numerosas, pero no diferentes. Y eso la decepcionó: *“me di cuenta de que si no me prostituía apenas podía vivir de una forma decente, así que empecé poco a poco a consumir drogas para evitar pensar que estaba haciendo algo que en realidad no me gustaba”*. Probó el ácido y las pastillas, pero se enganchó a la heroína: *“me estaba cansando de esa vida; llegó un momento en que si no iba colocada o borracha perdida no tenía cuerpo ni ánimo para salir a trabajar”*. Por aquellos momentos, José y su hermano Manuel fueron detenidos en un tercer atraco y los trasladaron a la cárcel antigua de Valencia. Domi agradeció haber partido a tiempo, pero su situación tampoco era la deseable en la capital. Ella también corría sus riesgos y prefirió vivirlos de nuevo en Valencia. Ya no estaba su novio para impedirselo.

“Un día estaba trabajando por la avenida del Oeste con una compañera y un cliente nos invitó a subir a su coche. Nos dijo que nos necesitaba a las dos y sacó un paquete de billetes para mostrar que podía pagarnos. Nosotras subimos al coche y esperamos sus indicaciones: desnudaros y montároslo

vosotras mientras os miro, nos dijo. Y así lo hicimos hasta que él terminó. Después nos sacó del coche y quería irse sin pagarnos, así que mi amiga cogió una cuchilla y le amenazó para que nos diera el dinero. Nos lo dio y se fue directo a comisaría para denunciar que dos transexuales lo habían atracado mientras esperaba tranquilamente en un semáforo en rojo”.

Premio Gordo de la Lotería de Navidad: una condena a la yeyé

Diez días después de aquello, el 22 de diciembre de 1985, Domi y su compañera estaban hospedadas en la pensión de la calle Matemático Marzal cuando la policía entró con intención de detenerlas. Salió un juicio rápido y les aplicaron una yeyé, que es la condena que te mantiene entre rejas 4 años, 2 meses y 1 día: *“mi abogada me recomendó que negara todo lo ocurrido y no me dio oportunidad de contar la verdad. Al tipo se le consideró una víctima y su mujer e hijos nunca supieron con qué hombre convivían”.*

Domi pasó a ser ingresada en la cárcel para hombres de la ciudad y estuvo en las

primeras galerías hasta que plantó cara al comisario de prisiones: *“las mujeres transexuales adquirirían voluntariamente unos roles muy marcados en aras de protegerse, eran las que lavaban la ropa o hacían recados. Yo, sin embargo, fui la primera mujer transexual de Valencia en trabajar en la cárcel junto a hombres, en un taller de montaje de juguetes, y me llegaron a nombrar encargada del equipo. Así que poco a poco fui recibiendo privilegios”*. Los hombres la trataban bien: *“eran las transexuales las que me amenazaban con navajas no sé si por envidia o cuestiones de territorialidad”*.

El paso lento de los días le permitían dudar de si su problema real era la privación de libertad o el papel de mujer que había estado asumiendo fuera de los barrotes. Cada vez encontraba más razones que la invitaban a volver a ser un hombre: *“intenté fijarme en mujeres transexuales que me parecieran un modelo a seguir pero no había demasiadas, en todo caso podría mencionar a Carla Antonelli”*. Domi tenía claro que solo le merecía la pena seguir siendo mujer si podía conseguir que el mundo la viera, al menos, como a una persona: *“ser transexual en esa época suponía vincularse sí o sí al mundo de*

la noche y yo no quería eso. Lo que yo quería era tener una casa y cuidar de una familia. Ir a trabajar a un lugar honrado y no sentirme diferente dondequiera que fuera”. Pero Domi imaginaba su proyecto de vida como una utopía inalcanzable.

Estuvo en la cárcel 2 años 5 meses y 4 días. Y cuando estaba apunto de salir le comunicaron que había contraído VIH: “entonces valoré seriamente la idea de cambiar de sexo pensando principalmente en mi salud, en que debía dejar la heroína y de exponerme a que me maltrataran”. Tenía 26 años cuando al salir por la puerta de penitenciaría su madre y sus hermanos la estaban esperando: “mi madre nunca faltó a ninguna visita, la recuerdo esperando el turno bajo la lluvia y muerta de frío; siempre se mantuvo a mi lado y me respetó a pesar del dolor que le habían causado mis decisiones. Lo primero que le dije al salir fue que quería volver a ser hombre y ella se fundió conmigo en un largo abrazo”.

“No fui a Proyecto Hombre, me basté de una psicóloga para abandonar las adicciones. Comencé a tomar los primeros medicamentos para el VIH y me provocaron una

lipodistrofia en las extremidades. Abandoné el tratamiento y al poco pedí cita para quitarme los senos. Dejé que de nuevo se desarrollara el hombre que hay en mí. Me había concienciado y ahora me tocaba ensayar nuevas formas de hablar y de comportarme. Después comencé a tomar unos retrovirales mejores y durante 25 años trabajé como una hormiguita, aunque siempre en negro, y pude pagar al completo la hipoteca de un piso”.

En el año 2007 su madre fallece y a Domi lo echan del trabajo. Ahora sobrevive de una prestación no contributiva y acude al Centro de día del Comité desde hace un año: *“estoy allí desde el desayuno hasta la merienda y convivo con personas que se encuentran en mi misma situación. Allí aprendemos y estamos acompañados; desde luego es mejor que quedarse en casa”.*

Domi admite que a día de hoy se alegra de haber estado en prisión porque le permitió recapacitar sobre cosas importantes. Quería ser mujer, sí, pero por delante de todo ello prefirió situar sus ansias de seguridad y de sentirse respetada como persona: *“nadie puede decir que opté por el camino fácil: que*

volver a ser hombre fue algo sencillo. Porque de entre las personas que se atreven a experimentar tal giro en sus vidas, solo una pequeña parte tendría el coraje de volver a pasar de nuevo por algo parecido. Y yo lo hice, dejando a un lado todo lo que había reflexionado sobre mí en el pasado. Porque fue conocerme de verdad y darme cuenta de que importaba muy poco el cuerpo que tuviera. ¿Hombre? ¿Mujer? No me importa. Ahora me reconozco y sé que siempre fui y siempre seré la misma persona. Sin masculinos ni femeninos. Simplemente Domi”.

A mi hija, a su pesar

Hola, Érika:

Aquí me tienes, después de tanto tiempo ¿cuántos son ya?, ¿ocho años sin hablar? Hay que ver, los días pasan volando y cuando me he querido dar cuenta tú ya tienes 30 años y eres toda una mujer. Te he visto alguna vez comprando en el mercado, de soslayo, pero qué puedo decirte, nunca me he atrevido a lanzarte una palabra. Me siento paralizada y temo que me ignores. Es verdad, ha pasado mucho tiempo y yo he cambiado demasiado. Te alegrará saber que ya no lloro tan a menudo; es por eso que he encontrado las fuerzas para contar mi historia con la esperanza de poder mostrártela algún día. Si soy sincera, una parte de mí desea que por mera casualidad seas tú quien dé con este

relato. Eso sería lo más cómodo para mí, quizás porque me aterroriza no llegar a sacar nunca el valor para explicarte toda la verdad. Sin embargo, por lo pronto, me contento con pensar que este escrito podría, tal vez, ser un primer paso para volver a crear algo contigo. Lo hago para bien, pero tengo miedo de que éste no sea el mejor modo. En todo caso, esta es mi verdadera historia y está dedicada a ti.

El pueblo francés donde Anaís pasó su infancia siempre le ha recordado a un lugar de cuento. Sus padres eligieron Bar le Duc porque tenían un pariente y les parecía que Francia otorgaba mejores condiciones para cuidar de una familia. Allí crecieron seis hermanos en un ambiente que Anaís nunca pudo identificar con el relato de una fábula.

Ya sabes cómo ha sido siempre la abuela. Mi madre parecía que había tenido hijos solo porque le daban una paga por cada uno y nunca nos mostró nada parecido a cariño, más bien al contrario. Quizás es por eso que de niña solo vivía escondiéndome de sus palizas y sus insultos. Nos protegíamos entre los hermanos porque, entonces, sí nos

llevábamos bien. Mi padre trabajaba dos jornadas diarias y cuando volvía a casa solo era para comer y dormir. A mí me gustaba ir con él a cualquier sitio. Cualquier tarea con él era mejor que estar en casa con mi madre. Tú eso ya lo sabes. Mi infancia no fue sencilla y al terminar la educación básica nos volvimos todos a Valencia, al barrio de la Luz, donde tú naciste.

Anaís comenzó con 14 años a trabajar en una fábrica de toldos para traer algo de dinero al hogar. Ella no había tenido tiempo de hacer amigos, así que cuando llegaba el sábado insistía a sus hermanos mayores para que la dejaran salir con ellos por las discotecas. Era su único modo de establecer nexos sociales con coetáneos. Siempre estaba trabajando y rodeada de gente adulta.

Tú lo sabes, Érika. La mamá siempre ha tenido muy buena presencia ¿recuerdas cuando nos confundían con hermanas? No sé qué te parecía a ti, pero a mí me sentaba muy bien tener buen aspecto. Irás entendiendo por qué. Pero ¿sabes? Por ser una chica resultona me vi metida en muchos problemas. Una vez, por ejemplo, me ofrecieron un nuevo trabajo

en una fábrica de lámparas y el señor que me hizo la entrevista me subió en su coche con la excusa de acercarme a casa y me llevó a un descampado para intentar tocarme. Grité y grité hasta que lo puse muy nervioso y temió ponerse en evidencia. Yo por entonces era muy ingenua, pero te cuento esto porque me parece necesario que comprendas por qué yo te decía todo aquello antes de que te fueras de casa. Nunca he querido ponerme por delante de ti, pero he vivido más y mi única intención era alertarte de que la gente no es tan bienintencionada como piensas. Como pensabas. Seguro que ahora todo esto lo sabes de primera mano. Parece que todas debemos vivir nuestras propias guerras para sentirnos verdaderas vencedoras. Pero en fin, tampoco quería profundizar demasiado en este tema. Solo me ha venido a la cabeza porque fue precisamente en esta época cuando conocí a tu padre. Nos vimos por primera vez en Morraker, una discoteca que se ubicaba por la zona de Peris y Valero. Me lo presentó tu tío Javi y me gustó muchísimo, así que mantuve con él mis primeras experiencias sexuales. Imagínate, desprotegidas, claro. Yo tenía 17 años y no usaba ningún sistema de prevención. No se conocían como ahora, entonces te arriesgabas a lo que viniera. Y así

fue, cinco meses después de empezar nuestra relación me quedé embarazada de ti y yo, sinceramente, quise que me tragara la tierra.

A Anaís le costaba asimilar la situación, ella acostumbraba a mantener una relación muy fría con su madre y temía no saber cómo hacerlo con su hija. No tenía amigos, no tenía más que su trabajo. En ese momento hubiera deseado conocer cualquier método para abortar y continuar pensando en vivir solo por la recompensa de cada sábado de desfase en la disco.

¿Qué creías, que yo iba a poder decidir? Tu abuela se encargó de organizarme la vida y me obligó a casarme con tu padre, a pesar de que yo sabía de antemano que no era una buena idea. Me resulta difícil decirte todo esto, pero tu padre tenía la mano muy suelta y bebía más que respiraba. ¿Por qué tenía que casarme con mi primer novio?, ¿por qué debía tener un hijo si no sabía cómo cuidarlo?, ¿si ni siquiera mi madre iba a poder enseñarme a hacerlo? El caso es que cumplí sus órdenes; de lo contrario hubiera tenido que marcharme de casa y yo temía

hacerlo porque tu padre no me transmitía ninguna seguridad. Y te tuvimos. Y tu abuela me pidió que te llevara a la Inclusa. Me negué. Y tras varios vaivenes con tu padre, él terminó marchándose y yo, como vaticinaba, me quedé sola contigo. Desorientada. Viviendo una vida que no había elegido y sintiendo que no se me permitía llevar el control de nada.

Pasaron madre e hija los cinco años siguientes viviendo en una caseta de campo que tenían sus abuelos en posesión. Aquél era el lugar donde se reunía la familia para las celebraciones navideñas y, en una de éstas, Anaís se enamoró perdidamente del hermanastro de su prima Jacqueline. Iniciaron un romance muy intenso y Anaís se trasladó con su hija al lugar de su infancia, Bar le Duc, para iniciar una vida junto a quien parecía prometerle lujos y comodidades a ambas. Pero la pasión de los inicios no tardó en desvanecerse.

Qué puedo decirte, que traté de buscar el bienestar para las dos, sin pensar demasiado

en las consecuencias de mis decisiones. Tenía 25 años, pero no sabía nada de la vida. Solo quería tener un apoyo, pero en Francia descubrí que solo por buscarlo desesperadamente no significaba que lo fuera a encontrar a la primera de cambio. Regresé contigo a Valencia y, para mi sorpresa, el que necesitaba una mano amiga era tu tío Javi. No había ido por buen camino. Había empezado a drogarse y lo acababan de encerrar en Picassent por varios atracos con arma blanca. ¿Recuerdas cuando ibas a la escuela y algunos viernes se me hacía tarde para recogerte? Al contrario de lo que pensabas, yo estaba volviendo de la cárcel para demostrar a mi hermano pequeño que podía contar conmigo. ¿Que en esos momentos te descuidé? Me temo que nunca fui perfecta, pero gracias a esas elecciones, como bien sabes, conocí al que fue el primer hombre de mi vida. Y también de la tuya.

Ese hombre era Miguel. Se lo había presentado Javi cuando estaba en tercer grado y pasaba los fines de semana en Valencia. Habían sido compañeros de galería y se habían enganchado juntos a la heroína, pero Anaís no era capaz de percatarse de lo

cerca que estaba la droga de su hija Érika.

Siempre he sido una persona un poco inocente, tú ya me conoces. Pero es que nunca te había visto tan feliz con alguien como con Miguel. Fue la primera vez que te escuché llamar a alguien con el nombre de “papá”. Estaba convencida de que era el definitivo para nosotras. Pero, aunque tú no te dieras cuenta de nada, él pasó de ser un consumidor ocasional a drogarse a todas horas. Me decía que si pasaba el día dormido era porque había fumado una marihuana muy potente, y yo lo creía a pesar de que yo también fumaba porros ocasionalmente. Una vez recuerdo que saliste del aseo con una cuchara y se me vino el mundo encima; di un ultimátum a Miguel y él comenzó una etapa suicida. Sí, sí, no te exagero, Érika. Tú siempre me has tachado de dramática, pero te aseguro que sé muy bien de lo que hablo. ¿Te acuerdas, Érika?, ¿recuerdas cuándo murió Miguel? No fue nada fortuito, como quizás siempre has pensado. Resulta que una noche me desperté y él no estaba en nuestra cama, me dirigí a la cocina y estaba encogido, esnifando el gas de una bombona de butano. ¡Vas a matarnos a todos! Traté de decirle, pero en esas se

levantó como pudo, echó a correr por el pasillo y, sin darme tiempo para reaccionar, se lanzó por el balcón. Es una locura, sí. Y sí, era un primer piso. Pero ¿sabes? Nadie quiso tratar a Miguel en el hospital y regresó a casa con una caja de aspirinas. Yo lo cuidé en todo momento. Quizás es la parte que tú recuerdas, la de él postrado en la cama. Pero ¿sabes, Érika? ¿sabes por qué murió tu padre? Porque en la caída había sufrido una hemorragia interna que terminó contaminando todos los órganos de su cuerpo. Llamé y llamé a la ambulancia en múltiples ocasiones y ¿te puedes creer? El SAMU solo llegó a casa cuando Miguel ya estaba muerto, después de diez días agonizando, porque podían permitirse dejar a un yonqui morir, pero no podían pasar inadvertido un fallecimiento. Entonces, ya puedes imaginar, pensé en reclamar la negligencia por parte de los servicios de urgencia, pero ¿adivinas cuál fue el diagnóstico del certificado de defunción? Que Miguel era drogadicto y había muerto de sida.

Sí, aquí llega la parte más difícil para mí. Prefiero ser directa. Tenía 30 años cuando me diagnosticaron VIH. Justo los que hoy tienes tú. Y caí en una depresión de la que, muy a

mi pesar, te hice partícipe. Hoy lo comprendo y no sabes cuánto lamento habértelo ocultado. Entonces era el año 94, tú comenzaste a hacerte mayor y a identificar a tu madre con una mujer histérica, malhumorada y triste. Podría decirse que adquiriste la capacidad de conocerme justo cuando yo iniciaba la etapa más oscura de mí misma. Y eso te afectó. Nos afectó. Ahora lo entiendo. ¿Pero sabes el miedo que tenía de decirte lo que en realidad me pasaba? Sé que no creías que estuviera enferma cuando te pedía que bajaras la música de tu habitación o cuando te rogaba que me ayudaras con las tareas o recados. En esos momentos hablábamos idiomas distintos y tú también experimentabas los cambios a tu estilo característico. Era nuestra manera de sobrevivir. Ahora, supongo que ambas habremos cambiado. Y me alegra imaginar que te pueda ir realmente bien. Mi vida desde que te fuiste se ha basado en intentar ocultar a todos mi situación. Siempre me ha preocupado lo que pudieran pensar de mí, así que comencé a hacer deporte y empecé a tomar los retrovirales que me había negado a consumir años atrás. Quería verme bien, necesitaba recuperarme anímicamente y estar preparada para poder contar de una

manera tan contundente cuál ha sido mi recorrido en esta vida, con la certeza de que he mejorado mi salud y mis hábitos cotidianos. Si no he decaído en todo este tiempo es porque recibo ayuda del Comité y porque he terminado conociendo a una persona muy especial. Se llama Eddy, es algo más joven que yo, pero ya me conoces, Érika, yo siempre me he sentido muy joven. Las cosas están tranquilas y eso me gusta. Pero ya ves, hija. Ya sabes cómo es tu madre. La vida solo le irá realmente bien cuando se atreva a dejar atrás los miedos que la persiguen. Por eso, hasta entonces, o a hasta que des con esta historia, permaneceré imaginando un reencuentro, quién sabe, quizás en un futuro, tal vez en Bar le Duc. De nuevo. Contigo.

Historia reciente de un falso positivo

¿Lo tuviste? ¿El VIH? Pero ¿cómo, Luisa?, ¿acaso no es una locura lo que dices? La invitan a pensar de inmediato sus interlocutores. Cualesquiera. No importa quién se decida a cuestionar su relato, las reacciones de Luisa son eternamente insólitas, llenas de carisma. Así es ella, siempre dotando de vehemencia los descuidos y tropiezos de la oficiosa espontaneidad institucional.

Luisa cuelga el teléfono y permanece quieta, hierática. Acaban de darle cita para mañana en el banco de sangre y no comprende qué puede estar sucediendo. La palabra leucemia aparece por su cabeza, pero prefiere utilizar sus habilidades de abstracción para eliminar el pensamiento negativo. Al menos por el momento. Es un duro golpe, piensa, que a

una la llamen de urgencia sin propósito de informarle: solo para alertarle de quién sabe qué amenaza. *Qué sinvivir. Hoy ya no ceno.* Y consigue hacer pasar las horas hasta que, a la desesperada, busca un bar de desayunos ya, por cierto, cerca del hospital. *No puedo creer que el doctor no esté en su consulta. ¿Qué es lo que pasa?* Y en éstas oye: *¿Luisa Llorca?* En efecto, la llaman a ella justo cuando el doctor pertinente está todavía saliendo del ascensor, fuera de su despacho, llegando hasta él con su maletín y cierto ademán de no haberse despojado de todo el sueño que hubiera deseado. *“¿Es usted la señora Llorca?”* Y ahí mismo, frente a la consulta aún virgen, éste extiende su brazo y le ofrece un sobre que deposita impasible entre las manos temblorosas de Luisa. Ambos se hallan en pleno pasillo de la sala de espera y él solo tiene una advertencia para dedicarle: *“Ha dado usted positivo en VIH. Pida cita dentro de tres meses y tenga precaución en sus relaciones sexuales”.* Y ya. Y Luisa sale presta del hospital y se mete en su coche para leer al completo el contenido del documento. La lluvia ligera que choca contra las lunas del auto la aíslan de las miradas ajenas. Luisa llora. *Qué extravagante todo esto,* se cuestiona: *“¿yo con VIH? Es imposible, no lo*

entiendo. ¿Han surgido nuevas formas de contagio que acaso la Ciencia desconoce?”

Efímeros de primavera

Luisa no tiene VIH, pero una vez lo tuvo. De enero a mayo. Vino y se fue, como esas plantas que aparecen al inicio de la estación florida y perecen antes de que los árboles permitan el brote verde y reciente de sus hojas primigenias. Llegó ipso facto y de mala manera, el VIH, como las noches despejadas que sorprenden con un despunte sombrío y bochornoso de las primeras luces del día. Nadie lo esperaba, mucho menos Luisa, que había acudido varios días atrás al Hospital Clínico de Valencia solo para acompañar a su madre en unas pruebas digestivas. Pero es que siempre le sucede igual. Cada vez que pasa por un banco de donación de sangre se ve motivada a ceder una parte de sí misma por los demás. Es donante convencida; su tía le había concienciado de esta necesidad social muchos años atrás y Luisa siempre había seguido sus pasos porque admiraba su modo de interactuar con el mundo. Eran tocayas. El nombre de ésta era consecuencia del de aquélla. Y siempre las habían tachado de ser

dos gotas de agua, apacibles y vinculadas por un fuerte sentimiento de confraternidad.

“Mi tía Luisa donó sangre toda su vida, pero un día los enfermeros la citaron de urgencia para avisarle de que aquella vez sería la última. Le diagnosticaron leucemia y falleció a los seis meses”.

La noticia sobrecogió a todos, sobre todo a Luisa, que perdía un referente y ganaba la ilusión de continuar su legado: *“inspirada por ella y empujada por la hartura de las esperas hospitalarias, doné sangre aquel día nublado, en el que acompañé a mi madre a la gastroscopia”.* Luisa no podía imaginar que a los pocos días recibiría una llamada alarmante, en términos parecidos al caso anterior: *“¿sería verdad eso que dicen de que a veces las historias familiares se repiten?”*

* * *

Luisa tiene 40 años, es trabajadora social, madre de dos hijos y actualmente es técnico de menores y familia en el ayuntamiento de Quart de Poblet. Tiene varios años de experiencia en el tratamiento de personas con VIH, siempre ha ofrecido sus conocimientos y

cuidados a amigos y conocidos en la misma situación, y ha acogido temporalmente a niños con dificultades familiares, algunos de ellos portadores del virus o en *período de ventana*. El tema nunca le ha resultado distante ni indiferente. Luisa sabe muy bien lo que es el VIH y si algo ha aprendido a lo largo de su trayectoria profesional es la necesidad de apoyar psicológica y emocionalmente al paciente en el desvelado del diagnóstico: *“me dolió sobremanera que las instituciones sanitarias me maltrataran de tal forma, dándome el sobre en pleno pasillo. Me pregunto si habrían actuado igual en el caso de una diabetes o un cáncer”*.

Su realidad había cambiado, Luisa pasaba de ser una profesional social a ser, además, una usuaria de sus servicios: *“una gran distancia separa contribuir en la lucha contra el VIH y pasar a padecerlo”*. Sin embargo, en vez de silenciarse ante su entorno, Luisa decidió de inmediato exponer su situación en todos los ámbitos de su vida: *“primero organicé un gabinete de crisis en casa, junto a mi pareja, mi hermana y mi cuñado. A la semana siguiente lo conté a mi madre y en el trabajo. No pensé ni en un instante digerir todo esto sola. Consideré que era importante que lo*

supieran y todos se sorprendieron muchísimo, en especial mi jefe”. Las únicas personas a las que silenció su caso fueron sus dos hijos: “quise esperar a explicárselo cuando pudiera darle al relato un poco de comedia”.

Era febrero de 2010 cuando Luisa fue diagnosticada con VIH y desde que supo la noticia comenzó a sentir algunos de los síntomas: *“no comía, no dormía, tenía diarreas constantes. Pensaba que estaba empezando a manifestarse el virus y tenía cita para el médico en mayo, así que mi hermana actuó rápido y consultó mi caso a un amigo hematólogo de Madrid”.* A ésta, como a Luisa, seguía pareciéndole raro que su hermana, que solo había mantenido relaciones con su ex marido, tuviera VIH solo por haber alimentado el contacto cotidiano con personas portadoras. Y entonces, la situación tornó a dar un giro de 180 grados.

Tuvieron que pasar unas cuantas semanas para que Luisa recibiera un diagnóstico diferente: *“yo no tenía VIH, no tenía anticuerpos, todos los índices eran normales en mis análisis. Se equivocaron en el banco de sangre del Hospital Clínico de Valencia y me hicieron pasar unos meses muy angustiada,*

sobre todo, porque lo que más me preocupaba era dejar de ser una madre positiva y enérgica para mis hijos. Entiendo que en los hospitales los doctores están acostumbrados a dar muchos resultados positivos, pero durante el único encuentro que tuve con ellos no tuve la sensación de ser tratada como una persona”.

Luisa nunca volvió a acudir a aquel banco de sangre. No emprendió acciones legales contra su institución y ni siquiera tramitó una reclamación ordinaria. Continuó tranquila con su vida, retractó alegremente la falsa información ante sus allegados y, además, aprendió que tener VIH no solo implica sufrir una enfermedad, invita también a crear un juicio de valor: *“todo el mundo se sorprendió con mi caso porque yo no cumplía el perfil que se había difundido en los medios de comunicación desde los años 80, el de pobres, putas y parientes. Y todo ello me hizo pensar que la visión que hoy en día se tiene de la persona con VIH es prácticamente la misma que hace dos décadas. Y esto es bastante peligroso. Yo no tengo VIH, es verdad, pero si de algo estoy segura es que sí cumplo el perfil de posible portadora, como tú. Y como todos”.*

Mencionar el VIH

Cuando acudió a consulta para saber por qué se sentía tan falto de energía, el médico le invitó a iniciar un tratamiento con psicofármacos y trató de convencerle de que padecía los síntomas habituales de una depresión común. Luis había dado positivo en VIH, pero el doctor pasó por alto comunicárselo: *“siempre he querido pensar que se trató de una equivocación sin intencionalidad. Sin embargo, ese olvido del doctor no fue baladí, pues de haber conocido ese dato quizás mi novio no tendría también VIH”*.

1. CONOCER

Luis tiene 45 años, ha dedicado toda su vida al mundo del diseño en sus diferentes

disciplinas y ha viajado por medio mundo buscando inspiración y nuevas técnicas para elaborar sus creaciones. Es de los que piensan que en lo diferente se halla lo esencial, aquello especial que falta, así que de entre todas sus aficiones nada le ha parecido nunca tan reconfortante como dejarse empapar por otras formas de hacer. Ahí encuentra la clave para enriquecer su vida y sus proyectos.

Su última aventura había sido Sudamérica, la cual había recorrido casi en su totalidad hasta que se lo permitieron sus ahorros a principios de 2014. Fue entonces cuando regresó a Valencia y comenzó a sentirse mal físicamente. *He exprimido hasta mis últimas energías en el continente americano*, pensaba, y se sentía tan satisfecho por la experiencia que un resfriado y un par de calenturas no iban a menguar su apetito estimulante. Estaba viviendo una etapa francamente motivadora y en pocas semanas le esperaba un importante congreso en Barcelona sobre innovación artística y creativa. Se dedicaba a lo que le gustaba, así que con agrado volvió a preparar maletas.

Nunca perdía oportunidad para aprender a mejorar sus técnicas, valoraba mucho

compartir experiencias con colegas de la profesión, y ni por un momento pensó que esta vez su viaje culminaría antes de lo esperado. El segundo día del gran evento, Luis sufrió una bajada de tensión y se desmayó en plena calle. En seguida fue atendido por los servicios de urgencia y, notándose verdaderamente sensible, decidió volver a Valencia y, al poco, se animó a acudir al Hospital Peset para realizarse unas pruebas que explicaran su desánimo.

Algunas semanas más tarde, Luis se acercó a la consulta y recibió el veredicto médico: *“¿Hay algo que a usted le preocupe? Porque me temo que padece depresión, por eso no tiene fuerzas, le cuesta levantarse por las mañanas y se encuentra tan debilitado. Estas pastillas le darán lo que necesita”*. No probó ni una de ellas, es más, nunca llegó a comprarlas en la farmacia. Sabía que ese diagnóstico estaba cogido con pinzas, pues se encontraba en uno de los momentos más fructíferos de su vida. Su negocio iba en marcha, se rodeaba continuamente de personas inspiradoras y, para más inri, acababa de iniciar una relación con un chico que lo tenía encandilado: *“estaba involucrado*

en grandes proyectos así que no pensé ni en un instante apagarme con la medicación”.

2. COMPARTIR

Aunque no hacía mucho que salían, Luis y Sergio se permitían disfrutar de la ilusión de los primeros momentos. Se habían comprometido a apoyarse el uno al otro y la complicidad que entre ambos estaba surgiendo era solo una muestra más de que Luis no estaba pasando por un mal momento. Sin embargo, la situación no tardaría en cambiar: *“de repente, en cuestión de unos dos meses, el que empezó a enfermar de una manera muy agresiva fue mi novio, al que tuvimos que ingresar casi de forma inmediata”.* Fue la primera vez que Luis se cruzó con sus suegros. En el hospital. No era un momento deseable, pero la urgencia motivó el encuentro.

Después de realizarle varias pruebas, Sergio fue diagnosticado con VIH para sorpresa de todos sus allegados: *“el padre de Sergio era policía nacional y a mí me pareció que sus ideas conservadoras le empujaban a culparme, así que por su propio deseo, nunca*

más mantuve contacto con él”. Después de conocer el diagnóstico de su novio, Luis se dirigió rápidamente a su médico privado para hacerse las pruebas específicas de carga viral. En efecto, también tenía VIH. Y haciendo fechas, recordando recaídas, de repente lo vio claro: *“yo había contraído VIH antes que Sergio, por tanto, todo debía de estar asociado”.*

Quiso Luis informar a su médico del Peset sobre lo ocurrido: él no estaba deprimido, él tenía afectado su sistema inmunológico por una razón que habían pasado por alto. Entonces, se personó en la consulta y un médico sustituto accedió a revisar su historial sanitario. *Según los informes hace unos meses que usted padece VIH,* le dice el doctor, como queriendo denotar que el trabajo bien hecho ya ha sido realizado en el público. *Pero ¿cómo? ¿Cómo pueden saber que tengo VIH si yo me acabo de enterar?*

Luis ha pasado estos últimos meses pensando qué pudo ocurrir. *¿Se habría despistado el doctor? ¿Por qué interpretó los síntomas sin leer los resultados de las pruebas? ¿Los leería y lo ocultaría por alguna razón que desconozco?* Siempre ha querido, aun así,

aferrarse a las preguntas más positivas. O mejor, a las respuestas bienintencionadas: *“nunca he sido una persona negativa, pero a veces me pregunto qué habría pasado si aquel doctor me hubiera informado correctamente sobre mi situación. Quizás no hubiera puesto en peligro a mi novio, cosa de la que nunca fui consciente. Y no habría tenido que cargar con esta culpa”*.

3. CRECER

Apuntado indirectamente por la familia de Sergio, Luis vivió el duelo de su novio y olvidó el suyo propio: *“me sentía tan responsable que me ubiqué en un segundo plano porque consideraba que su caso era verdaderamente injusto”*. Sin embargo, Luis no recuerda haber mantenido nunca una relación íntima sin protección: *“todo lo ocurrido fue una sorpresa para ambos, nos pilló desprevenidos, como suele pasar con este tipo de cosas. En cierto sentido, todo esto nos puso a prueba”*. ¿Cuánto estaban dispuestos a ofrecer al otro?

Desde que le diagnosticaran VIH en verano del pasado año, solo ha hablado del tema con una hermana: *“tengo ocho hermanos más,*

pero todos ellos andan muy preocupados por lo que se dice o no se dice, así que yo prefiero no dar qué hablar”. La madre de Luis tiene 83 años. Él prefiere hacer agradable sus días y mencionarle solo aquello que le hace bien. El problema lo siente únicamente entre dos: “no me cuestiono dar explicaciones a nadie, esto nos sucedió a los dos, nos pasó juntos y así lo vivimos. Si algo hemos aprendido desde el año pasado es que han dejado de importar aquellas minucias que antes nos hacían infelices. Ahora ha cambiado nuestra escala de valores y nos sentimos conscientes y enteros para continuar aquello que abandonamos en los momentos más difíciles. Para seguir aprendiendo a valorar. Valorar quién está ahí. Valorar la importancia de lo que se conoce, de lo que se comparte y de lo que te hace crecer. Valorar y valorarte. Por lo que se dice. Y por lo que no se menciona”.

Lo disfrutable

Camila volará este verano a Bolivia después de diez años para que su familia al fin conozca a su hija, que acaba de cumplir cuatro. Van a compartir dos largos meses, que se le tornarán fugaces, porque nada le entusiasma más que abrazar a su madre, que tantas veces le ha pedido que regrese y tanto ha envejecido desde que se marchó: *“lástima que allí una familia humilde no pueda costear un tratamiento para el VIH; es es el único motivo por el que continúo en Valencia y no he vuelto a mi país para quedarme”*.

Tenía 27 años cuando Camila llegó a Valencia para encontrar una vida nueva. Era el año

2005, acababa de finalizar una relación tormentosa que se prolongó siete años y volver al seno familiar le había supuesto un golpe abrumador. Necesitaba volar, así que acabó veloz sus estudios para técnico dental y preparó sus maletas pensando que en España podría encontrar un buen trabajo. Eligió Valencia porque su hermano vivía ahí desde hacía unos años y porque si algo temía por entonces Camila era sentirse sola.

Una vez instalada en la ciudad, dio fácilmente con un empleo como asistente del hogar. No era la asistencia que había venido buscando ejercer, pero quizás tal rapidez debía de significar que había comenzado la aventura con buen pie en occidente: *hay que ir poquito a poco*. Aceptó lo que venía y se dejó llevar como se dejaron pasar los años.

* * *

En el año 2012 Mario enfermó de manera repentina y en La Fe los doctores dijeron a Camila, que portaba a su bebé en brazos, que menos mal, que si la ambulancia hubiera tardado cinco minutos más seguramente su marido habría muerto. Los primeros indicios parecían advertir que la causa era un cáncer

de pulmón en fase aguda. Sin embargo, la verdad de todo el asunto Camila tendría que indagarla por su cuenta: *“ni los médicos ni después Mario me informaron sobre su estado, siempre hablaban con él a solas, a pesar de que les había indicado que yo era su pareja”*. A Mario le habían diagnosticado VIH. Sin embargo, en primera instancia, prefirió no descubrirlo ante Camila: *“tomaba más de veinte pastillas diarias y, cuando le preguntaba, Mario no sabía para qué eran, eso a mí me mosqueaba, así que apunté en un papel el nombre de los veinte medicamentos para buscar sus indicaciones en internet”*. Cuando leyó la palabra VIH se quedó muda dos días y no pudo hacer más que llorar.

“Mi primera reacción fue catastrofista; me dio por pensar que iba a ponerme tan mal como Mario y que no me hacía falta ninguna prueba para saber que iba a morir y a dejar desamparada a mi hija”. Al día siguiente no pudo ir al trabajo porque sentía que la noticia de aquél era también su noticia: *“Mario estaba siempre muy tranquilo y eso me extrañaba tanto que, en vez de darme rabia, me dio fuerzas para gestarme un camino más autónomo junto a mi hija”*.

Como se repetía que tenía que ser valiente, decidió hacerse las pruebas y para ello pidió cita a su médico de cabecera: *“me pareció algo más discreto que hacerlo en el hospital y confiaba en que mi doctor me trataría de una forma más confidente”*. Ya nadie se muere de VIH, Camila, -le decía- *salgan como salgan las pruebas no debes preocuparte por seguir ejerciendo tu papel de madre.*

Unos días más tarde, muy temprano, aún no habían salido los rayos más vivos del sol, Camila recibió una llamada imprevista justo cuando se preparaba para ir a trabajar: *“el doctor me aconsejó que me presentara a primera hora en su consulta, así que avisé a mi jefa y me personé en la puerta del centro de salud”*. La mañana fue aclarándose con el paso de los minutos y en cuanto el reloj dio las 8,00 su médico la solicitó en su despacho: *“me dijo que no era habitual encontrarlo en consulta a esas horas, pero que se trataba de algo importante, así que lo entendí todo sin que hicieran falta más palabras”*. Camila se desplomó entre los brazos del doctor. Éste trató de tranquilizarla y, una vez recuperó la templanza que la caracteriza, le recomendó acudir al hospital para realizarle un examen más completo.

Después de saber que definitivamente también tenía VIH Camila fue directa al hospital, como cada día, a cuidar de Mario: *“no le dije nada ese día, pero lo cierto es que para sorpresa de todos se fue recuperando poco a poco y, al cabo de dos meses regresó a casa con nosotras”*. Entonces, ambos trataron de llevar una vida conjunta en calidad de compañeros de piso: *“la cosa se enfrió sola, él se volvió muy irascible y hablar con él sobre el VIH que compartíamos era imposible”*. Cuando Camila intentaba encontrar respuestas, a menudo Mario la culpaba. *Apuesto a que esta enfermedad la has traído tú de tu país*, le decía a ella. Pero Camila era consciente de que sus intentos manipuladores cojeaban por todos los frentes: *“ambos tuvimos a mi hija dos años antes en Valencia, y yo entonces no tenía VIH, era imposible que nuestra enfermedad tuviera una procedencia geográfica”*. Además, Camila nunca ha mantenido relaciones sexuales fuera de su compromiso: *“Mario, sin embargo sé que me ha sido infiel en más de una ocasión”*. Él nunca se lo ha confesado, pero a Camila nunca le ha hecho falta. Alguna vez, volviendo de casa de la anciana a la que cuidaba, había visto a Mario reunido en un bar con la misma mujer: *“no me costaba*

averiguar lo que pasaba, sobre todo si esa noche no dormía en casa”.

Camila ha estado una larga temporada sin trabajar, con los ánimos por los suelos y ha sufrido además los efectos de un tratamiento que ha estado provocando graves problemas en su sistema inmunológico: *“en el hospital me convencieron de que estaba obsesionada con los efectos negativos del medicamento y así estuve casi dos años: con fiebres, diarreas, pesadillas, dolores y vómitos diarios. Finalmente mi médico cambió el tratamiento y, menos mal, desde entonces no he tenido ningún problema más allá de algún dolor muscular”.*

Camila hoy se siente bien, ha vuelto a trabajar y ha superado la idea de que el VIH sea una barrera para crecer: *“he notado un gran cambio en mi personalidad desde que me dieron la noticia. Si echo la vista atrás veo a una mujer apagada, condicionada por su marido, tremendamente asustadiza. Sin embargo, mírame, yo ya no soy así, he recobrado toda la vivacidad que había perdido y tengo coraje y disposición para hacer cosas que antes no hubiera imaginado”.* Hace tres años que a Camila le gusta pasear sola, tiene

ambición por aprender y acude a cursos, va a la biblioteca y, algunas veces, incluso se permite un cine como un regalo: *“el paso del tiempo me ha hecho fuerte y me ha enseñado a aceptar la realidad tal como es. Eso me permite vivir con la alegría de las cosas que aún esperan”*. Camila ha tenido la suerte de descubrir que encontrarse bien consigo misma la ha convertido en una mujer que nunca está sola, esté donde esté. Que se consiente y se permite disfrutar.

Verónica significa victoriosa

En los años 80 muchas mujeres adictas a la heroína cuidaban a sus hijos solas, sin la graciabilidad de ningún tipo de intervención pública, y sin que los centros neurálgicos de las ciudades se percataran de que el problema de la droga era más grave y complejo que estéticamente molesto y panfletario. Esta es la historia de Verónica, una joven de 28 años que posee de la década del caballo una de sus peores consecuencias: ella fue la única de sus tres hermanas en adquirir el VIH de manera vertical, transmitido desde el cuerpo de su madre.

“La vena está asustada”, dice Luis mientras hace un torniquete con un foulard negro, aprieta fuertemente el puño y busca ansiosamente en su brazo marcado un lugar en donde hincar la aguja. El caballo empieza a galopar por su sangre hacia el cerebro, camino de ese flash que algunos describen como un orgasmo eléctrico y otros como el alivio de una pequeña muerte. Sobre la mesa quedan los restos del ritual del pico: un polvito blancuzco, una hoja de afeitar, un vaso de agua, una cucharita de plata donde se realizó la infusión, una bola de algodón...

Javier Valenzuela y Ana Torralba
Nosotros los heroinómanos, 1978

“Yo no sabía qué hacían con todos
esos trastos, ni por qué lo hacían,
solo sé que a mí llegó a parecerme lo normal
entre la gente adulta”.

A Verónica le cuesta mucho recordar anécdotas de su infancia, tanto es así que cuando la invito a presentarse brevemente evita por todos los medios mencionar en voz alta ciertas palabras concretas. En un intento por no resultarme dramática se limita a sustituir los elementos significantes con los que se siente incómoda por gestos fácilmente identificables. Entonces supongo que sus campos semánticos tabú están vinculados a las acciones de “drogarse” y “robar”. Seguidamente, tratando de hacer un

esfuerzo -ella lo sabe- nada motivador, se ve a sí misma de camino al colegio, con alrededor de 5 años, lamentándose de no recordar que ningún familiar la acompañara nunca a la escuela y la despidiera con el envío de un guiño desde la verja del patio. También visualiza ahora bocadillos de paté, le parece fácil, los cuenta por decenas, por cientos. Los cenaba todas las tardes. Pero en un momento posterior llega a vislumbrar a su madre llevándola a casas bajas en caminos oscuros. Entonces, postrando sus ojos fijamente sobre el suelo parece estar comenzando a visionar y decide alzar su voz dirigiendo ahora su mirada a cualquier elemento superfluo y volátil de la habitación: *“no exagero si digo que mi vida no fue como la de los demás niños de mi escuela. Con mi madre nunca salía de paseo por lugares normales, ella no me llevaba al parque o a comprar al supermercado. Nosotras cuando salíamos de casa era para ir a encontrarnos con hombres que daban miedo en lugares de los que quería salir corriendo. A veces, incluso los traía a casa y les veía pincharse juntos. Yo no sabía qué hacían con todos esos trastos, ni por qué lo hacían, solo sé que a mí llegó a parecerme lo*

normal entre la gente adulta. Me costó muchos años comprender la evidencia de que mi madre era yonqui”.

En los años 80 la adicción a la heroína desgarró los barrios obreros de las abotagadas ciudades. Las cifras de muerte por sobredosis se tornaron alarmantes y las familias de los afectados invirtieron grandes esfuerzos en tratar de reconvertir las conductas dependientes de sus allegados, *alejados*. Finalizada esa década, Verónica vivía en el barrio de la Fuensanta, en Valencia, con su madre y sus dos hermanas mayores con las que apenas mantenía relación: *“siempre he estado muy sola, he crecido escuchando que mi madre me había encontrado en un basurero y, sinceramente, cuando no tienes otra teoría a la que aferrarte te terminas creyendo cualquier cosa”.*

Sumida en un profundo sentimiento de desamparo, solo encontraba consuelo en su abuela materna, a la cual intentaba visitar siempre que podía: *“ella era mayor, no podía decirle que mi madre hacía cosas malas porque entonces había unas peleas muy, muy fuertes, y yo temía por mi abuela”.*

Verónica, poco a poco, aprendería a vivir en solitario porque sus hermanas comenzarían a hacer vida con sus parejas y porque su madre se ausentaba continuamente por las noches: *“ella me decía que trabajaba como relaciones públicas en un pub, pero nunca lo sabré, como tampoco conoceré quién es mi padre. Porque esa información, y la de los padres de mis hermanas, se la terminaría llevando a la tumba”*.

Habiendo sufrido una fuerte neumonía a causa del VIH, cuando la madre de Verónica murió a la edad de 48 años, ella tenía solamente 12 recién cumplidos y no se lo pensó: *“sabía que mi abuela me acogería y entonces inicié junto a ella la mejor etapa de mi vida, la única en la que sentí el cariño incondicional de verdad”*. Pero recibir cariño en una época preadolescente con unos antecedentes tan fuertemente marcados no era garantía de que los cambios inminentes se fueran a producir de una manera progresiva a la que ambas se pudieran adaptar. Verónica fue poco a poco abandonando los estudios y comenzó a salir con su grupo de amigas del barrio: *“nos gustaba ir a la Malvarrosa, a comer*

hamburguesas al centro, lo que a cualquier chavalita”. Después comenzaron a salir con chicos y a los 16 años Verónica se quedó embarazada de Paco, su primer novio: “los dos nos quedamos contentísimos con la noticia, él estaba dispuesto a mantenernos en su piso que estaba en La Plata, pero cuando le conté todo a mi abuela tiró mis sueños a la basura porque me dijo que éramos unos niños para ejercer de padres y lo más coherente era abortar”. A Verónica de ningún modo le sorprendía que una mujer mayor y creyente reaccionara de tal manera: “mi abuela no era una mujer moderna, si quería que dejara perder mi hijo era, verdaderamente, porque Paco era gitano”.

Tras el aborto, Verónica perdió sus motivaciones y dejó de alimentarse como de costumbre. Sus defensas bajaron hasta límites existencialmente básicos y ese mismo año fue diagnosticada con VIH: “si nada parecía que podía ir peor, para colmo me convertí en la única de mis hermanas que desarrolló una enfermedad que yo siempre había relacionado con la droga, la cual detesto más que nada en este mundo. En aquel momento culpé a mi madre por

haberse cuidado tan poco, por no haber tomado la medicación y por haber pensado tan poco en mí. Pero después comprendí que mi madre ya estaba muerta y ahora me tocaba a mí afrontar la situación”.

La relación entre Verónica y Paco continuó pero, si bien el aborto había supuesto una crisis parcial en su trayectoria, contarle lo del VIH terminó por hacer que él le acabara perdiendo todo el respeto: *“si salíamos de discotecas se magreaba con cualquier chica en cuanto me despistaba. A mí me dolía mucho que me tratara así y muchas veces me salía de mis casillas y le armaba unos cristos que me tenían que coger entre varios. En esos momentos estaba muy susceptible y decidí finalizar la relación”.*

Verónica continuó saliendo con las amigas, tratando de llevar una vida como la de cualquier otra joven y, a los dos años aproximadamente, conoció a Miguel una noche en Bananas: *“él tenía 17, por entonces dos años menos que yo, pero la verdad es que al principio no se le notaba nada porque estaba lleno de tatuajes y me tenía muy en consideración: siempre me traía regalos”.* Poco después Verónica se enteraría de la

procedencia de dichos obsequios, pero se seguirá mostrando reticente a mencionar la palabra “robar” durante toda la entrevista: *“Paco por el día no hacía nada, bueno sí, estaba en régimen de internamiento en una cárcel de menores y cuando salía solo era para hacer lo suyo o para venir a verme y, de paso, aprovechar para pegarme por cualquier motivo que se le ocurriera”*. Verónica asegura que, pasado un tiempo, Miguel comenzaría a agredirla físicamente a todos los niveles: *“su mal rollo comenzó cuando me quedé embarazada de él, ahí se le cruzaron los cables”*. Verónica continuaba viviendo con su abuela en la Fuensanta, pero esta vez las cosas eran diferentes: ella era mayor de edad para decidir, tenía 19 años, y esta vez tenía dos motivos fundamentales que la invitaban a llevar a cabo su período de gestación: *“por un lado sentía dentro una espinita por el bebé anterior que perdí y, por otro, sabía que mi abuela no tardaría mucho tiempo en morir y me quedaría más sola que la una”*.

Hubiera deseado Verónica ofrecerle a su hija un embarazo tranquilo, diferente, de no ser porque Miguel se empeñaba en volver del

centro de menores para agredirla a pesar de su estado: *“me ponía tan nerviosa que una vez cogí un cuchillo y le amenacé con quitarle la vida si seguía tratándome así pero, a pesar de lo dramático del asunto, él siempre sabía cómo tranquilizarme”*. Verónica, a pesar de sentirse desmoralizada, no dejó nunca de tomar sus retrovirales porque lo que más deseaba era prevenir que su hija fuera en un futuro diagnosticada con VIH, así que durante todo ese tiempo hizo un gran esfuerzo por mantener un estilo de vida saludable.

Al año de nacer su hija, la abuela de Verónica falleció y ésta no dudó en abandonar el hogar que había compartido con la que siempre fue la mejor de sus amigas: *“se me hizo imposible permanecer en su casa, todo me recordaba a ella, así que decidí entrar en un piso de mi barrio y lo ocupé junto a mi hija. No estaba mal. Pero ahí inicié una etapa en la que comencé a descuidar el tratamiento médico”*. Al principio, comenta Verónica, una persona con VIH puede no ser consciente de que está enferma porque si no toma la medicación un día no sucede nada. Sin embargo, Verónica

dejó de tomar sus pastillas de manera continuada y el virus fue regresando para atacar su sistema inmunológico: *“me creí más fuerte que el propio VIH y en realidad estaba destrozándome por dentro poco a poco”*.

En medio de varias crisis de mera supervivencia Verónica fue adquiriendo varias experiencias profesionales como camarera y como limpiadora. Había creado un hogar en su nuevo piso junto a su hija y mantenía, en relativa distancia, su relación con un Miguel que cada vez que se presenciaba motivaba un nuevo enfrentamiento: *“pensaba que esa situación podía afectar negativamente a mi hija porque yo, de pequeña, también presencié momentos que no me gustaban. Y en eso precisamente debo ir un paso por delante de mi madre”*. Entonces, Verónica finalizó cualquier trato con Miguel.

Seis años después, tras haber trabajado en otros tantos lugares y haber tratado de centrarse en sí misma, en el año 2011, con 25 años conoció a Juan, un chico de su barrio que le pareció adecuado en ese momento: *“me sentí muy bien al llamar su atención, lo*

necesitaba, y además me gustaba más porque era un chico gitano. Pensaba en lo que a mi abuela le fastidiaría y me daba cierta risa melancólica, porque ahora ya no estaba para prohibirme que saliera con él". Juan le ofreció una protección y compañía que ella no había dejado de buscar, a pesar de sus intentos por mantenerse independiente, pero fue tanto el nivel de exigencia por parte de él, que ella por inercia se vio sometida a todo tipo de nuevas vejaciones: *"ya te has ido por ahí a putear, me decía, cuando yo solo había salido al parque con la niña en el carrito"*. Fue entonces cuando Juan recomendó a Verónica que se trasladaran su hija y ella a vivir a su casa: *"a mí me gustaba que él mostrara atenciones; lo que yo no sabía es que él también ocupaba esa casa y más tarde tendría problemas con los dueños, así que me arrepentí de haber dejado la mía, que la consideraba segura para mi hija"*. En aquellos momentos Verónica no le había dicho a Juan que tenía VIH y pasados unos meses él también fue diagnosticado positivamente.

“Juan me preguntó y, claro, le dije la verdad, que sí tenía VIH. Entonces, él insistió en que no me preocupara, que no pasaba nada: que me quería y aceptaba lo que había sucedido”.

Un mes después, Verónica se sometió a unas pruebas de control y fue diagnosticada también con Hepatitis C: *“siempre he pensado que Juan reaccionó tan bien con lo del VIH porque él también me ocultaba que tenía Hepatitis”.*

Verónica siempre recriminaba a Juan que lo suyo con el VIH se debía las jeringuillas, porque le había *dado* bastante a la heroína. Juan, en los mismos términos, decía a Verónica que la Hepatitis la había pillado de su primer novio, que se lo habían dicho en la cárcel. Y entre acusaciones, más discusiones y problemas con los propietarios de su vivienda, Juan comenzó a salir todas las noches a robar: *“a mí no me gustaba lo que hacía, pero me molestaba mucho más cuando volvía a las 9 de la mañana sin nada, porque eso quería decir que en realidad había pasado la noche con otra mujer”.* Con tal contexto, su relación se fue apagando. Verónica también.

“No comía, no tenía una vida saludable, había dejado los retrovirales. Siempre estaba tremendamente triste. Un día salí de casa y me derrumbé en la calle. Tenía las defensas por los suelos y alguien que pasaba por ahí llamó a una ambulancia. Entonces, caí enferma y estuve ingresada durante un mes y medio. A mi hija se la llevaron sus abuelos paternos, los padres de Miguel, y la tienen ellos desde ese día”.

En julio del pasado 2014 Verónica salió del hospital y finalizó su relación con Juan, muy a su pesar: *“yo en verdad no quería dejarlo porque estaba realmente sola, pero quise ser fuerte y lo hice sin tener dónde ir”.* Entonces, después de acudir a varios centros de beneficencia le recomendaron pasarse por el Comité AntiSida para ofrecerle un apoyo acorde a sus necesidades: *“en cuanto acudí me facilitaron ayuda psicológica y un piso tutelado que comparto con tres personas más con VIH. Pero sé que esto solo es algo temporal. Poco a poco voy recobrando mi salud y tengo muchos planes en la cabeza. Voy a ver a mi hija cuando puedo a casa de sus abuelos y la primera de las cosas que quiero hacer es encontrar un trabajo*

para empezar de nuevo una vida junto a ella. Me gustaría dar con una vivienda donde poder vivir las dos. Y después convertirme en peluquera. Y hacer unos cursos de estética que me interesan. Y, de paso, sacarme el carné de conducir...”

Verónica desea hacer muchas cosas, tantas, que solo desea hacer las mismas que el resto del mundo. Ese llegar a ser inalcanzable que para unos es tan residual y, para otros, tan residualmente deseable. “Verónica significa victoriosa”, le ha contado un amigo cercano. Y al decirlo no puede evitar sonreír porque así ella desea sentirse, así ella se quiere pensar. Como conquista de sí misma.

Vías de escape

José Vicente tiene 47 años y ha pasado casi treinta consumiendo *speedball* a diario. Es consciente de las limitaciones cognitivas que ha supuesto un enganche tan acusado y duradero, pero se siente orgulloso de no haberse quedado en el camino y poder recordar con relativa nitidez parte de sus vivencias y alucines. Fue diagnosticado con VIH en el 89, a los 19 años, pero no sería tal noticia motivo apremiante de cambio. Al menos, no por entonces.

“El speedball es una combinación de heroína y cocaína muy fuerte que te metes por la vena y te permite terminar el colocón del caballo

con un subidón de euforia que te mantiene puesto casi el doble de tiempo". Sabe mucho sobre drogas, José Vicente, y no es de extrañar: ya había sido seducido por la cola y los disolventes con tan solo 9 años; quedaba con los colegas en el parque de Viveros y pasaba el día pensando que las risas momentáneas alimentarían sus desmotivaciones insaciables. Hasta la fecha, ni el colegio ni los sermones de los mayores le habían interesado lo más mínimo; a José Vicente lo único que le gustaba era dibujar, pero por entonces nadie le había mencionado que tal afición podía brindarle una oportunidad de futuro. Una vía de escape.

Una cosa vino tras otra y cuando José Vicente entró en la adolescencia ya era una persona con adicción a innumerables sustancias. La madre no encontraba discurso convincente para combatir las conductas de su hijo: sabía que se movía por ambientes peligrosos y temía que sus restricciones alentarán sus despropósitos. Fue en aquella época, mediados de los 80, cuando empezaron a detenerlo en repetidas ocasiones por robo con intimidación en establecimientos y en la vía pública: *"llegó un momento en que mi madre comenzó a pagarme la droga para que no*

hiciera daño a más gente". Pero poco después se fue a la mili y su dependencia a la heroína se hizo más acusada: *"fue mi perdición, ahí me inicié con el speedball"*. Y como él mismo dice, lo cierto es que no hay dinero ni honradez suficientes para el pobre que necesita diez chutes diarios.

De profesión: machaca

"Cuando regresé de la mili me tiraba el día vagando por el barrio chino buscando a la gitana o a los morenos para pedirles mi mezcla. Me pinchaba con jeringuillas que encontraba por el suelo y nunca usé ninguna protección en mi experiencia con la droga en vena. Quizás por esa fecha me dijeron lo del VIH, pero yo no recuerdo darle mucha importancia. En esos momentos tan solo quería salir de donde estuviera para buscar más droga".

Dedicó algunas temporadas al trabajo en el campo, en las huertas de Benimaclet, pero la mayor parte del tiempo la pasaba facilitando clientes a los camellos de las barriadas subalternas: *"me proponía como machaca a los que tuvieran mejor mercancía; si les*

conseguía cuatro yonquis me pasaban una dosis para mi consumo y quizás media para una prostituta. Y así era, de Balmes al Cabanyal y del Cabanyal a La Plata”. El día de ese modo se le hacía corto, sucedía como un rayo: “siempre de aquí para allá con cualquier colega, robando por el camino, colocándonos a la ida y a la venida. Siempre drogados”. Al final, no pudo ser de otra manera y, de los 20 a los 30, José Vicente entró en prisión hasta en tres ocasiones.

“Una de las veces entré por robo con intimidación: había intentado atracar a un chico que no llevaba nada encima y la policía me atropelló para capturarme cuando me vio salir corriendo. La segunda vez me pillaron traficando con hachís. Y en la tercera estafé un banco junto a un amigo”. En total, pagó seis años intermitentes mientras había intentado en alguna ocasión tratar sus adicciones con metadona.

En la cárcel, José Vicente tuvo oportunidad de conocer a personas en su misma situación, que trataban por todos los medios de sobrellevar el mono: *“un colega, el Sevillano, me enseñó a hacer dibujos con hilo. Me gustaba porque es una actividad para la que*

necesitas invertir mucho tiempo, tienes que estar concentrado y eso me ayudó a mantener la cabeza entretenida. Desde que empecé a intentar dejar la droga he hecho medio centenar”.

Cuando cumplió 32 en el año 2000, José Vicente decide que con la llegada del nuevo milenio necesita iniciar otra vida: abandonar el *speedball*. Sin embargo, hasta 2012 no se desengancha por completo de la cocaína combinada con metadona. Fueron necesarios varios intentos y una gran fuerza de voluntad para dar con el otro camino. Ese que, al caminar, le recompensa por el hecho de dejar rastro.

José Vicente actualmente lleva cuatro años limpio y tres acudiendo al Comité para motivar y desarrollar sus habilidades personales y sociales. Vive con su madre y padece hipertensión, problemas de riñón y arritmias, pero todo eso no le ha impedido entablar amistad con otros usuarios del Comité y volver a explotar la vena creativa que dormía en su interior. José Vicente ha apostado por la otra vía y desde entonces se contenta por los logros que supera día a día y lo reafirman como persona. Como volver a

dibujar. Como motivar su concentración gracias a la artesanía con hilos. Como mantenerse positivo durante toda una jornada. Como acceder a una entrevista y ser capaz de acordarse de todas las respuestas.

Aurora

Colabora en el Comité desde hace unos quince años y ha participado en diversos programas de atención directa destinados a ayudar a mujeres con VIH. Es enfermera de profesión, voluntaria convencida y podría decirse que ha pasado toda su vida al servicio de los demás. Aurora lleva 83 años regalando toda su luz.

Era mujer de médico, en concreto, la esposa del director gerente del Hospital Peset de Valencia. No hacía falta que nadie le dijera allá por el año 55 que no tenía por qué trabajar en tal circunstancia, que lo

apropiado era conformar una familia numerosa y sana, y que podía dedicarse a sus quehaceres con el mayor de los desahogos. Sin embargo, Aurora siempre ha sabido que su cometido iba mucho más allá. A ella le preocupaba la gente; no podía olvidar todo lo que había vivido.

* * *

“Formé parte de los niños de la Guerra que enviaron a Francia a los campos de concentración cuando llegaron las tropas franquistas a Barcelona, estuve allí a solas con mi hermano. Yo tenía 6 años, era 1938, mi padre acababa de abandonar a mi madre y a nosotros decidieron llevarnos al chalé de un médico que había acogido a decenas de niños. Allí estuvimos bien, que yo recuerde, pero todo cambió con el traslado a Bayona, cuando mi hermano enfermó de tuberculosis y yo me convertí en la única persona que podía cuidarle”.

Era una niña y ya limpiaba con esmero los cubos donde su hermano depositaba los esputos sangrientos. Era una niña-mujer quizás inconsciente de la situación política que vivía, pero plenamente concienciada de que lo único importante era mantener con

vida a su hermano seis años mayor: *“tuvieron que venir los trenes a por nosotros y, para nuestra sorpresa, trajeron a mi madre hasta Francia”*. Volvían a Barcelona los tres, a procurar iniciar una nueva vida sin el padre y en un recién estrenado estado represivo.

A su llegada, el hermano empeoró notablemente y falleció al poco tiempo, entonces, deseando ofrecerle el mejor de los caminos, la madre de Aurora optó por enviarla al internado de las Mercedarias Misioneras, aprovechando la contribución económica de su ex marido. Pasó allí el resto de su niñez y parte de su adolescencia: *“las monjas fueron como madres para mí, a pesar de que más tarde me enteraría de que mi padre no pagó todas las cuotas”*. A los 18 años había estudiado secretariado y a los 23 finalizó en la universidad la carrera de enfermería: *“lo primero que hice con el sueldo de mi primer trabajo fue pagar la deuda que tenía en el colegio. En ese hospital conocí a mi marido, me quedé embarazada y, cuando lo trasladaron a Valencia, nunca más volví a ejercer mi profesión”*.

Aurora y Luis tuvieron cuatro hijos. Ella los cuidaba con esmero, así como a su madre, que

también convivía en el seno familiar. Pero no se contentaba solo con esas funciones, que entonces consideraba su obligación como mujer; Aurora pasaba largas horas en el laboratorio con su marido, colaborando con el equipo de investigadores que entonces andaban desarrollando unas primeras teorías para combatir diversos tipos de cáncer. Pasó a dedicar, poco después, la jornada completa al cuidado de su madre, pero en el año 88 falleció siendo ya muy anciana. Fue justo después cuando su marido se autodiagnosticó Parkinson y Alzheimer en segunda fase: *“de nuevo, había una persona que me necesitaba para casi todo, y yo me volqué con él con la misma energía que con mi madre. Las cosas venían así y había que poder con ellas”*.

Cuando falleció su marido en el año 94 y contempló a sus hijos crecidos e independientes, decidió salir de casa para hacer lo que mejor se le daba: *“conocí el Comité Antisida y al poco tiempo comencé a involucrarme de manera muy activa”*. Aurora participó desde sus inicios en un **programa destinado a mujeres embarazadas con VIH**, les hablaba de prevención, les prestaba una mano amiga. Ella aconsejaba y escuchaba a las mujeres que no tenían a

quién contar. Ella cuidaba de todas y ese estado moral la invitaba sin saberlo a cuidar de sí misma, a mantenerse afanosa.

Hoy Aurora continúa su labor como voluntaria con una energía arrolladora. Ella despierta los ánimos a cualquier usuario o técnico. Pertenece al equipo de **Atención Psicológica en Hospitales** y participa semanalmente en los **Servicios de Ayuda a Domicilio**: *“hago acompañamientos a centros sanitarios, realizo gestiones administrativas de toda índole, comparto mi ocio con mujeres con VIH que están solas y, en definitiva, contribuir por cuidar a las personas es lo que me hace sentir viva”*.

Aurora lo ha dado todo por ser hermana, por ser hija, por ser esposa y por ser madre. Cuando escapó de tales funciones, de estos estatus que había desempeñado religiosamente, comprometidísima, entonces continuó trabajando por seguir siendo la mujer que le gustaba ver en el espejo: esa que trabaja incansable por los demás, cualesquiera, sin pretender nada a cambio, sin importar lo que digan. Y sin dejar de iluminar.

Refugios

Podría debatir con académicos y entendidos sobre la concepción de cultura popular de Žižek o la teoría política de Sartori y nadie dudaría de sus capacidades para convertir al oponente por medio de la palabra. Sin embargo, de pequeño, Carlos padecía una dislexia muy acusada y pocos en la escuela apostaban por el normal desarrollo de sus competencias lingüísticas y cognitivas: *“los profesores decidieron que debía repetir los cursos de parvulitos y ese fue el inicio de lo que yo denomino mi crecimiento introspectivo”*.

A Carlos nada le parece más catártico y evasivo que recrearse en el mundo de las ideas desenmascarando de su entorno real lo

simbólico y lo imaginario. Carlos es una persona observadora, retraída y muy crítica con aquellas situaciones que considera injustas por cuestión de clase social. Es consciente de los cambios que se han venido produciendo en su estatus, y precisamente por eso no ha cesado nunca de satisfacer sus motivaciones intelectuales regalándose las más interesantes lecturas. Él sabe muy bien que los roles evolucionan y no se perpetúan en el tiempo: *“aquí donde me ves, yo nací en Alcoy bajo el seno de una familia pudiente, con 5 hermanos, padre banquero y madre 100% dispuesta a nuestro cuidado”*. Tenían lo mejor para ofrecerle, pero Carlos se sentía desplazado en clase y diferente entre los demás. Solo él podía y sabía comprenderse.

El paso de los años auguraba más dificultades en su camino, pues la diferencia de edad entre sus compañeros de clase y él cada vez era mayor, a pesar de que a Carlos nada le interesaba más que aprender y empaparse de todo lo que pudieran parecerle conocimientos nuevos. Consiguió finalizar satisfactoriamente un grado medio en *Administración de empresas* y, orgulloso, allá por el 88, se se desplazó hasta Valencia para probar suerte con los estudios superiores:

“aunque me costó mucho esfuerzo completar mi ciclo, lo conseguí porque era perseverante y porque no tenía muchos amigos que pudieran entretenerme con eventos y otros planes, así que cuando llegué a Valencia trabajé, además, por crearme un círculo social que me permitiera también satisfacer las necesidades sexuales que iban aflorando en mí”.

Carlos conoció a un grupo de chicos gracias a un compañero de clase. Le parecían muy agradables, hablaban durante horas de temas diversos y, después de unas copas, a menudo terminaban en el antiguo cauce del Turia y culminaban su encuentro con una relación sexual: *“yo había tenido algún roce con un par de mujeres los años anteriores, pero una vez en Valencia me animé a probar con chicos y resultó de lo más gratificante”.* Pero Carlos nunca protegió esas relaciones: *“no se me ocurrió pensar que podía ocurrir nada malo, eran los 90, yo no tenía problemas de drogas, estaba a salvo de lo que parecía ser el problema imperante de la juventud del momento”.*

Trabajó durante tres años y durante otros tres trabajó en Alicante, pues no se

contentaba con una vida anquilosada y marcada por la rutina. Pero entonces, su padre enferma gravemente y Carlos decide que es el momento de devolver a su familia todos los cuidados que había requerido él de pequeño: *“era el menor de mis hermanos y tenía un sentimiento perpetuo de responsabilidad para con ellos”*. En 2005 su padre fallece y entonces no se lo piensa: *“algo en mí me decía que debía compensar a mi madre por lo que había perdido y dejé mi trabajo; en cierta medida mi rol dentro de la familia estaba cambiando y poco a poco pasé a sentirme compañero de mi madre y no su hijo”*. Este resultó el período de mayor aislamiento para Carlos: *“me adapté a la vida de mi madre y estuve durante seis años sin apenas mantener contacto con nadie más. A veces, si me sentía ansioso, viajaba en tren a Valencia, me dirigía al río a hacer cruising y la misma tarde regresaba a Alcoy”*. Carlos no sabía, pero a la vez se imaginaba, que esa dinámica podría acarrear consecuencias de importante calado.

En 2011 su madre fallece y él queda solo tras largos años sin entrenar sus habilidades personales y sociales. Se mantiene de los ahorros de sus anteriores trabajos, pero

comprende que esa situación no es perdurable. Es entonces cuando su salud comienza a dar signos de debilitamiento: *“entonces me apareció una úlcera en la boca y me realizaron infinidad de pruebas”*. Carlos tenía VIH y cada vez menos ahorros en su cuenta bancaria. La situación se agravaba por momentos y decidió contar el problema a sus hermanos: *“me apoyaron todos, sobre todo mi sobrina, que dio con el Comité Antisida y me lo ofreció como una posible oportunidad de cambio para mi vida”*.

En mayo de 2014 Carlos se presentó, motu proprio, en la puerta del Centro de Día del Comité cargado con un carro de la compra donde descansaban todas sus pertenencias: *“estaba desesperado, necesitaba conocer a personas en mi situación y que los profesionales me ayudaran a ser más autónomo”*. Ahora reside en el Piso Tutelado “El Faro I” de manera temporal, con la esperanza de que el Comité simbolice su apertura, de nuevo, al mundo real. Mientras tanto, Carlos acude a talleres de ocupabilidad, se relaciona con personas de su edad y se estimula con sus lecturas obligadas. Este mes ha elegido *Zero Zero Zero* de Roberto Saviano. *“Lo mejor de leer ensayo es*

que los niveles de creación de significado actúan como en la vida misma, esa que es real pero se balancea, como siempre he hecho yo, entre lo simbólico y lo imaginario”.

Volver a empezar

“Siempre he estado seguro de tener el control de mi vida. Durante mucho tiempo he pensado que todo eran experiencias que más tarde recordaría a mis nietos y me harían sentir un aventurero de juventud. Sin embargo, los años han ido pasando y nunca he llegado a cambiar de etapa. Cada vez que he intentado superar mis adicciones he vuelto a recaer y eso me destroza. Hace tan solo un mes me metí el último golpe”.

Josevi tiene 53 años y reside en la Vivienda Tutelada El Faro I. Dedicar su tiempo a las múltiples actividades y talleres que presta el Centro de día del Comité y, cuando no, pasa las horas en el gimnasio poniéndose en forma y distrayendo su mente, que muchas veces le

sigue invitando a consumir: *“hace un mes volví a beber y a esnifar cocaína; esa noche sentí tanta vergüenza por haber fallado de nuevo que dormí en un banco de la calle”*.

Hace décadas que Josevi visita centros de deshabituación: *“He pasado por recursos de todo tipo: cristianos, albergues, residencias, Proyecto Hombre. En todos estos sitios he estado un montón de veces y resulta muy frustrante, porque después de salir de cada lugar, casi siempre expulsado por mala actitud o por recaídas, he vuelto al único ambiente que conozco, el de la droga y la temeridad”*.

Espiral

La historia de Josevi es similar a la de cualquiera. Tuvo una infancia feliz rodeado de primos mayores y hermanos menores. Vivió en casa de los abuelos en el Barrio de la Luz hasta que cumplió los 9 años y sus padres estuvieron preparados para acogerlo en casa: *“Me habían tenido siendo muy jóvenes y quisieron hacer las cosas bien. Sin embargo, cuando me instalé con ellos las cosas no sucedieron como esperaba. Si cierro*

los ojos recuerdo perfectamente la noche en que mi padre se marchó de casa para siempre. Yo me hacía el dormido, estaba recién llegado y, al parecer, él había engañado a mi madre con otra mujer”.

Josevi permaneció con su madre y sus hermanos, y fue al colegio hasta los 13. Vivían en Castellón y por las tardes ayudaba a su madre en el bar que regentaba. Al poco, se matriculó para estudiar una FP, pero ya tenía otras inquietudes que pesaban mucho más en su escala de valores: *“Me gustaba mucho el kárate, pero mi madre nunca me dejó ir a clases porque temía que en una disputa hiciera daño a mi hermana, así que me apunté a boxeo sin que nadie lo supiera”.* Debió mentir sobre su edad, Josevi, porque para federarse necesitaba tener 16 años y él aún no sobrepasaba los 14: *“el boxeo fue siempre mi vía de escape; mi equipo era muy bueno, tanto que llegó a quedar campeón de España en categoría Amateur”.*

A los 15 años volvió a Valencia con su madre y su nueva pareja, un hombre que para Josevi fue especialmente influyente: *“Salvador fue la mejor persona que he conocido, mi mejor amigo, un hombre íntegro que siempre me*

regalaba grandes consejos. Cada día lamento no haberle tenido más en cuenta; ahora sería empresario y mi vida hubiera ido por otros caminos”. Pero en esa época, a Josevi los consejos de los adultos le parecían de lo más accesorio: “yo solo quería dedicarme a la lucha grecorromana y a ponerme como una moto. Y al final pasa lo que pasa, que pruebas muchas drogas y te entra curiosidad por probar los efectos de las más fuertes”.

Su primer chute de heroína fue con 16 años: “un colega quería que probara el material que había pillado y usamos la misma jeringuilla. Desde aquel día esto pasó muchas veces, sobre todo porque ninguno pensaba que pudieran transmitirse enfermedades de ningún tipo y porque yo tenía mucha facilidad para pelearme con todas las novias que me iban saliendo, y eso se convertía en una excusa para consumir más y más. Yo estaba medio loco en esa época”.

Tenía 18 años cuando decidió casarse con María. Pero no duraría mucho el encandilamiento porque Josevi fue reclamado para ir a la mili en Vitoria y, a su regreso, se había deteriorado tanto que María no pudo más que alejarse: “estuve en una unidad de

élite, pero me echaron porque me emborrachaba casi a diario. Me trasladaban de un sitio a otro y ya no sabían dónde instalarme, porque donde iba la liaba. Para otros no lo creo, pero para mí la mili fue algo de lo más divertido”.

Zigzag

En el año 82 Josevi regresa a Valencia y decide montar un bar junto a un amigo: *“la cosa no salió bien porque no habían pasado ni unos meses desde que pusimos en marcha el negocio cuando me acosté con su mujer. A partir de ahí todo se degradó y mi vida comenzó a ser como la del protagonista de cualquier película quinquí: empiezo a pegar palos en tiendas, a pelearme, a reventar bares y a hacerme polvo todos los días”.* Josevi ha estado detenido muchas ocasiones, pero nunca ha sido condenado: *“alguna vez entré a prisión, pero nunca se encontraron pruebas suficientes para encerrarme mucho tiempo”.* Pero entonces conoció a Marisa y, por vez primera, Josevi decide presenciarse en la UCA, Unidad de Conductas Adictivas, para tratar de desengancharse de todas las drogas.

En el año 1986 Marisa se queda embarazada y Josevi hace lo que puede por mantenerse limpio: *“sin embargo, como no podía evitar mis pintas de yonqui, cuando nació mi hijo en el hospital no dudaron en hacernos la prueba del VIH a los tres”*. Josevi dio positivo, Marisa también, pero por suerte el recién nacido estaba completamente sano: *“Yo no le di importancia a la noticia y mi mujer tampoco, ella entendía que había llevado mala vida y que son cosas que pasan”*.

Encontró trabajo como pintor para mantener a la recién creada familia y fácilmente comenzó a ganar mucho dinero: *“no me costó mucho volver a las andadas. Nunca supe darle buen uso al dinero, así que me volví a juntar con los amigos de antes, que eran tan impresionables como yo, y volvimos a los chutes y a la delincuencia”*. Eran los 90. Marisa comenzó a alejarse y, de nuevo, Josevi quiso dejar la droga motivado siempre por las amenazas de abandono: *“compensaba mis ciegos anteriores combinando pastillas y alcohol, pero desde luego esa no era manera de eliminar el problema, fue una manera de hacerlo mayor. También estuve con la metadona mucho tiempo, pero me estreñía tanto que mi estómago parecía una bomba*

que iba a estallar y yo, a nivel mental, también”.

No encontraba escapatoria para retomar las riendas de su vida. Tenía un buen trabajo, que le permitía dar una buena vida a su hijo, pero lo único que le hacía sentirse persona era chutarse: *“mi adicción era tal que, si abandonaba los tratamientos antes de tiempo, mi cerebro se consumía por el mono: dejaba de saber leer, me costaba hablar, no sabía qué hacer ante un semáforo, ni ir a comprar el pan”.* Solo cuando se drogaba de nuevo, su cerebro volvía a funcionar con la normalidad acostumbrada. La tendencia era la misma, un nuevo enganche, otro nuevo reto para Josevi imposible de conseguir: *“Me quedé en 40 quilos y volví a robar de nuevo. Mi familia ya me dejó hacer. Iba a ver a mi hijo de vez en cuando con algún regalo, pero mi vida ya era otra”.*

Una vez en Las Cañas, después de un chute de los que te dejan derrotado en tierra, le encontraron unos hombres y le invitaron a viajar a Santander a un centro cristiano en plena naturaleza. Accedió Josevi, porque no tenía una opción mejor, ni nadie con quien consultar el asunto: *“lo hice sin pensar y,*

para mi sorpresa, llegué a simpatizar bastante con los evangelistas, a pesar de que siempre me había sentido en conflicto con Dios”. Pero un día, como el dice, le dio la paranoia y regresó a Valencia de puntazo: “estaba claro, otra vez en riesgo de engancharme. Tenía casi 40 años, pero no había discursos, ni centros, ni pueblos diferentes que me fueran a cambiar la mentalidad ni la actitud”.

Siempre que se enfrenta a un problema, Josevi no sabe muy bien cómo gestionar sus pensamientos y emociones: *“soy una persona muy impulsiva y por eso me han echado de la mayoría de recursos que me han acogido. Sin embargo, nunca he tirado la toalla del todo y aún sigo pensando que la vida tiene guardada para mí una oportunidad para ser mejor persona y para poder enseñar a mi hijo que un cambio verdadero es posible, aunque nadie dé un duro por ti”.*

A día de hoy su hijo está encerrado en Picassent por tráfico de drogas y Josevi está en lista de espera para entrar en un programa de deshabituación completa de la UCA.

“Me niego a pensar que es imposible mejorar, que no hay otra salida para los que estamos abajo. Solo espero que, al final, cuando sea, haya un día en el que recuerde todos mis errores como historias lejanas de mi pasado. Como un hoyo muy profundo del que salí luchando”.

Transferencias

Cuando Domingo tenía 4 años, su madre falleció ahogada en una charca. Ella trabajaba como guardabarreras en una pequeña estación de ferrocarriles y, según lo que a Domingo le contaban, sobrellevaba como una leona los excesos de su marido gracias a la entrega con que cuidaba a sus hijos. Al menos, eso es lo que sus hermanas siempre le han relatado, porque él es incapaz de recordar de ella más que vagas y fugaces imágenes. De su padre, en cambio, sí guarda algún recuerdo más nítido, pero en ningún caso tan entrañable: *“yo era el único varón de cinco hijos y de él solo heredé lo peor que tenía”*.

Domingo siempre ha pensado que su padre trataba de convertirle, a su manera, en un hombre firme y rudo, pero las influencias que se esforzaba por transmitirle de niño solo le invitaban a distanciarse aún más de él: *“no me salen buenas palabras para definir a mi padre, porque nunca actuó como tal; él era alcohólico y, en cuanto mi madre murió, aprovechó para traer prostitutas asiduamente a casa”*.

El padre de Domingo era albañil y falleció cuando éste tenía 11 años en un accidente laboral en una obra. Los hermanos quedaron huérfanos y María, la mayor de todas, decidió dedicarse por completo al cuidado de los pequeños como lo haría una madre: *“pasamos a sentirnos muy solos, sobre todo porque mis tías paternas y maternas quisieron desentenderse y mandarnos a un orfanato”*. La mayor no podía permitirlo, y se encargó de proteger a los que ahora eran niños hasta que crecieran y le permitieran elegir su propia vida: *“siempre estaré agradecido a María por todo lo que ha hecho por mí, porque a medida que fueron pasando los años y fui sufriendo unos y otros problemas, estuvo a mi lado para brindarme su incondicional apoyo. Es a ella a quien se lo debo todo”*.

María

Los años venideros serían el inicio de todos sus problemas con la marihuana: *“mi hermana María comenzó a preocuparse mucho por mí, porque empecé a beber y a fumar de manera asidua y, al parecer, mi mente se descontrolaba hasta límites que yo no soy capaz de reconocer, así que decidió consultar mi caso con compañeros doctores del Hospital Clínico donde ella trabajaba realizando labores de limpieza”*. Los médicos evaluaron a Domingo utilizando técnicas procedentes de múltiples disciplinas, así como Domingo se sorprendía de que la ingesta ocasional de alcohol y hierba pudiera trastornarle de tal forma: *“me parecía que lo estaban exagerando todo, porque yo ni siquiera me drogaba con cocaína o heroína; yo prácticamente consumía lo que todo el mundo”*. Sin embargo, él no asimilaba sus consumos de un modo deseable: *“no tardaron en diagnosticarme un trastorno maníaco depresivo, que es lo que hoy día conocemos como bipolaridad”*.

Domingo ha estado ingresado en la unidad psiquiátrica del Hospital Clínico en varias ocasiones. Él recuerda esos momentos como

los peores de su juventud, porque lo mantenían con la idea de que era una persona diferente. En cierto sentido, Domingo siempre ha sabido buscar una justificación ante su problema: *“de pequeño vi muchas cosas que no debí haber visto, así que estoy convencido de que mis trastornos mentales tienen que ver con el legado adictivo que recibí de mi padre”*.

Heredades

Siempre que salía del hospital, Domingo buscaba un trabajo y trataba de mantener una vida normalizada junto a sus hermanas. Sin embargo, los trabajos nunca le duraban demasiado: *“era una persona bastante insumisa, tanto que abandoné la mili por propia voluntad y pasé cuatro meses preso en Valladolid por desertor”*. Tenía 23 años, regresó a casa de su hermana María y, al tiempo, los cinco hermanos recibieron una herencia y decidieron comprar un piso, que podrían utilizar en caso de necesidad. Un recurso que parecía anticiparse a la aparición de problemas.

Pasados unos años todas las hermanas acordaron ceder el apartamento a un Domingo que, medicado y controlado por los especialistas, parecía iniciar una vida normal, repleta de sueños y ambiciones: *“fue en esta época cuando me diagnosticaron VIH; había empezado a salir con mujeres, algunas de ellas prostitutas, y no había pensado ni un instante que pudiera infectarme con un virus tan radical para la época”*. Era el año 85, tenía 30 años y una vida entera para cuidarse e iniciar, definitivamente, un estilo de vida saludable con el apoyo de sus seres queridos: *“entonces conocí a Ana y pasó a vivir conmigo durante casi quince años”*.

Fue su relación más duradera. Puede que la única en la que Domingo se sintió liberado: *“yo me abrí a ella y tuve la confianza de relatarle toda mi historia sin contemplaciones, pero tuvieron que pasar los años para enterarme de que ella también tenía VIH desde antes de conocerme”*. Domingo aún se pregunta qué hubiera pasado si él no hubiera tenido VIH, ¿ella se lo habría ocultado de igual modo y hubiera puesto en riesgo su salud? Tras finalizar su relación, Domingo sufrió una grave recaída. Tenía 57 años y, de nuevo, fue ingresado en la unidad

psiquiátrica del hospital. Pero a su regreso, absolutamente nada volvió a ser como antes.

“Cuando me dieron el alta, una de mis hermanas había colocado un candado en la puerta de la casa que teníamos en propiedad, en la que había estado viviendo todos esos años. De repente, se lamentaba de haberme cedido el espacio para vivir y decidió junto a su marido que ya no volviera nunca más a ese apartamento. Me quedé en la calle con el único apoyo de María y su familia, pero esta vez yo ya no quería que, de nuevo, fuera ella quien me acogiera en su manto de protección”. Entonces, Domingo decidió pedir ayuda y fue derivado a los recursos ofrecidos por el Comité Antisida.

Actualmente, reside en la Vivienda Supervisada “El Faro II”. Toma su mediación con verdadera dedicación y hace tiempo que no sufre una recaída. Cuando Domingo se encuentra bien tiene una gran sonrisa dibujada en su rostro y se atreve a desear que su situación mejore con la mejor de las expectativas: *“he conseguido ser una persona alegre, a pesar de todo lo que he vivido y de todo lo que me he esforzado por gestionar en mi interior. Solo me falta una mujer con*

quien compartir los años que me esperan, para sentir que en esta vida no son necesarias grandes fortunas o herencias para ser feliz". Porque a Domingo le basta con saber que teniendo un apoyo, puede mantenerse en pie todo el tiempo que quiera.

La de la choza del Cojo

Cuando Paqui llegó hasta Valencia en busca de su madre, la encontró ejerciendo la prostitución para un proxeneta argentino buscado por la Interpol. No se sorprendió demasiado, ya nada podía dejarla sin palabras, ella venía embarazada de Córdoba y necesitaba simplemente que un ser querido la acogiera en su regazo: *“el chulo de mi madre decidió darme un dinero para abortar, tratándome de convencer de que no me convenía tener hijos, y yo lo acepté sin pensar demasiado en las consecuencias”*. Pero Paqui no abortó y tuvo una hija. Y adquirió también una deuda con un

hombre violento que la convertiría durante años en mercancía para su negocio.

PARTE I

En la época en que nació, su padre era guitarrista de flamenco y su madre bailaora, y ambos eran propietarios de la Choza del Cojo, una taberna legendaria a las afueras de Córdoba que contaba con gran afluencia de clientes desde tiempos isabelinos. Sin embargo, a los pocos meses de andar Paqui balbuceando sus primeros sonidos, ambos artistas pusieron fin a su relación y el padre quedó al mando del tablao y de la hija: *“mi madre se fue de casa porque se había cansado de aguantar las aventuras de mi padre y él inició una relación poco después con una niña de 15 años”*. Aunque la vida de Paqui no era sencilla, al menos podía visitar a su madre todos los veranos. Ella se había venido a Valencia a trabajar en una whiskería y animaba a su hija a mudarse con ella a sabiendas de que Paqui tenía un padre distante, pero exigente, dispuesto a cualquier cosa por impedirle marchar de forma definitiva.

Con el paso de los años fue aumentando el número de hermanos: *“entre amante y amante llegué a contar unos ocho hijos de mi padre, lo cual no dejaba de sorprenderme porque yo había crecido pensando que mi padre no deseaba tener descendencia”*. Y esto lo dice porque confiesa que se crió prácticamente sola en una masía, en medio de campos de cultivo, donde la había trasladado su padre para recuperarse de unas infecciones: *“esa fue la excusa que puso ante toda la gente que le preguntaba por mí, para aislarme de los hombres durante toda mi adolescencia. Lo sé porque con el tiempo admitió que quería evitar que cualquiera me hiciera todo lo que él hacía con otras niñas”*.

Cuenta Paqui que su padre era un hombre inseguro que compensaba su trastorno con la bebida y con violencia dirigida a las mujeres de su entorno: *“no fui la única a la que pegó palizas pero, desde luego, por entonces fui la persona con la que más se ensañó durante años. Un error en una multiplicación podía significar un rimero de golpes con una picha de toro”*. Este instrumento, también llamado *bastón de vergajo*, cumplía su misión requerida a la perfección: golpear con facilidad y producir un escozor agudo a la vez

que un fuerte trauma sin romper tejido. *“No recuerdo ni las veces que quedé desplomada en el suelo de mi casa por cualquier causa que para mi padre fuera importante”*. Y como su amenaza habitual era: *igual te hago que te deshago*, Paqui trató de escaparse de casa en numerosas ocasiones y, con 17 años, se marchó y se casó con José Luis, su primer novio. Pero pasar de hija a esposa no parecía augurar un crecimiento personal, sino un mero cambio de soga con que vincularse a los hombres de su vida.

PARTE II

Las conductas adictivas de Jose Luis eran cada vez más acusadas a pesar de que se esforzaba sobremanera por que Paqui no conociera el estado real de sus enganches: *“Yo sabía que le gustaba esnifar, yo había consumido también en alguna ocasión de este modo, pero poco después me enteré de que se abriría la vena para meterse el jaco y eso dejó de hacerme gracia”*. Mantuvieron una relación de 5 años sin protección sexual de ningún tipo: *“después incluso empezamos a compartir jeringuillas, cuando me convencí de*

que quería experimentar todo lo que él probará”.

El segundo chute

Paqui recuerda su primer chute con toda claridad: *“fue José Luis quien se atrevió a clavar la aguja, a mí me daba miedo, y lo que pasó después fue un cúmulo de sueño y vómitos que, a la par, desorbitaron mi cabeza. No me encontraba nada bien y, según mis primeras impresiones, me parecía que quien se chutaba era un poco masoca. Y no lo hice más. Sin embargo, la semana siguiente había pillado un resfriado muy fuerte y comencé a sentir el cuerpo muy debilitado: “no es un resfriado; es el mono, Paqui” –le informaba José Luis-. Y el chute siguiente fue el momento más regenerador de mi vida. Me sentí como nunca”.*

En aquel momento Paqui no se hizo la prueba de VIH y continuó consumiendo hasta que los médicos la avisaron de que estaba embarazada. Fue entonces cuando acudió a Valencia en busca de su madre, la cual le aconsejaría aceptar el dinero del *prestamista*,

que pasó a convertirse en el tercero de sus dueños.

Tratificada

Bilbao, Barcelona, Madrid... Paqui ha dejado de recordar las ciudades por las que pasó para ofrecer su cuerpo a cambio de un dinero que solo veía de pasada. Ya fueran chalets clandestinos o clubes, cualquier lugar ofrecía a la joven Paqui la oportunidad de pagar una deuda cuyos intereses nunca pactados no dejaban de aumentar: *“el argentino llevaba pistola y yo obedecía sus mandatos con la condición de que mi madre en Valencia pudiera cuidar de mi hija”*. Tenía 20 años y usaba el escudo de la droga para embriagar sus pensamientos y perder la conciencia de sus actos. Y al enterarse de que su marido acababa de morir de sida en Córdoba, entonces, no pudo más: *“después de ser su esclava durante años, decidí con mucho miedo denunciar al argentino”*. Y lo perdió de vista porque al parecer lo andaban buscando instancias internacionales. Y se instaló en Valencia con su madre y con su hija, por primera vez, sintiéndose libre. Solo ya presa de la droga.

Pensando que no le quedaban muchos años de vida porque su ritmo era devastador, Paqui conoció a Enrique y se aseguró de que, con él, nunca le faltaría mercancía que echarse al tabique: *“él viajaba a Tailandia y se traía fardos de heroína que luego iba colocando por Málaga, Granada y Valencia. Yo lo acompañaba a veces y nos parecía una forma fácil y romántica de encontrar dinero, menos sucia que ofreciendo mi cuerpo”*. Sin embargo, a Enrique le apareció un herpes Zóster al poco tiempo y le diagnosticaron VIH. Paqui se hizo las pruebas y también le entregaron resultados positivos.

“Tenía VIH así que dejó de importarme experimentar cualquier droga o relación sexual en condiciones pésimas de higiene y seguridad; no apostaba nada por mí”. Pero Paqui no sabría que su diagnóstico era erróneo hasta un tiempo después.

“El día que los médicos rectificaron lo recordaré toda mi vida. Había tentado a la suerte. Había sido, aún si cabe, más temeraria todavía en los últimos meses porque pensaba que en cualquier momento podía palmarla. Y ahora me decían que debía cuidarme porque yo no estaba infectada y,

además, volvía a estar embarazada". No salía del asombro, no comprendía el error, sentía que lo que sucedía formaba parte de un pacto con el diablo, así que prosiguió con su embarazo y pasó dos años alejada de Enrique y de la droga.

PARTE III

"El dinero iba faltando y yo tenía dos bocas que alimentar, así que con el tiempo me vi obligada a continuar ejerciendo la prostitución, eso sí, ahora de manera independiente". Pasó por El Ciervo, por el Club 2000 y por El Coto. Y en todos estos lugares sintió la necesidad de volver a anesthesiarse para limitar sus sensaciones: *"sufría depresiones intermitentes porque me veía forzada a hacer cosas que me daban asco, así que cuando me decidía a no volver al club, cogía el carro con mis niñas y me dedicaba a robar en grandes superficies"*. Siempre conjeturaba un nuevo modo de actuar: *"lo que no hiciera yo por mis hijas, no lo haría nadie"*.

Conoció a Santiago en los 90 y la instó a dejar definitivamente la prostitución, pero su

relación no se prolongaría en el tiempo. Después, una tarde del 95, un hombre la sedujo en una redada antidroga en el barrio chino: *“yo estaba en calle Balmes, trabajando, y llegó la poli con ganas de desvalijar a la gente que pasaba por allí; entonces un tipo que llevaba dos bolas de heroína en la boca comenzó a besarme y las trasladó hasta mi boca. Pudimos disimular y marchamos sigilosos, entre risas, así que le dije que tenía una deuda conmigo: nos metimos dos chutes y mantuvimos sexo toda la tarde”*.

Cuenta Paqui que le preguntó muchas veces si tenía VIH. Él contestó que no todas ellas y vivieron una relación de dos años, con sus más y con sus menos: *“rompimos en cuanto me enteré de que me había engañado todo ese tiempo, porque él sí tenía VIH y lo sabía”*.

Caía y recaía. Y no encontraba refugio que la distanciara de los *chinos* y de las amistades interesadas. Volvió a conocer a un hombre, con quien tuvo a su tercera hija y con quien se continuaba drogando, pero la abandonó en 2005 por un cáncer de pulmón. Todo ese tiempo, y desde entonces, Paqui ha luchado por combatir sus enganches y el rechazo de sus hijas: *“probé todas las técnicas: el*

consumo antagonista, la cura del sueño, el ingreso aislado... pero nada era suficiente; si me encerraban en una habitación siempre trataba de escaparme". Y eso es justo lo que le pasó hace cinco años, que se tiró desde un balcón para salir de la habitación donde los educadores la tenían controlada y, magullada, se subió a un taxi rumbo a Las Cañas en busca de un nuevo coloquio.

Y es por ello que me la encontré ayer en la entrada del Centro de día del Comité Antisida. Porque esperaba a su novio. Porque tras aquella salida aérea de aquel centro de deshabitación, Paqui dio de nuevo con su ex novio José Luis y decidió darle otra oportunidad porque el VIH no iba a limitar ese nuevo acercamiento que se producía: *"José Luis viene todos los días al Comité y yo lo apoyo porque ya no consume y se le ve estupendo. Nuestra relación no es idílica, tenemos muchos problemas, pero por ahora vivir así es mejor que cualquier otra cosa que he tenido"*.

Paqui confiesa que desde hace 6 meses solo consume metadona: *"mi vida ha sido muy intensa, de película, pero solo yo sé cuánto he sufrido y a cuántas cosas me he visto*

obligada". Y por eso, sin obligación más que la de cuidarse, hoy Paqui va dando pasos que la conducirán hacia un nuevo estado: *"mi objetivo no es otro que llegar a **ser persona**. Porque solo una vez lo consigues te haces con el poder: el poder de sentir, de amar de nuevo. Y poder empezar a recuperar a tu familia.*

White lady: los amores al límite

Prefiere que la conozcamos por Blanca, que en argot delictivo significa sin antecedentes penales. Es un nombre con el que se identifica porque le recuerda a la luz entre las sombras. Eso le gusta pensar. Hoy tiene 45 años y en un esfuerzo por reavivar sus recuerdos y emociones más intensas nos relata con detalle cómo vivió su juventud durante los años 80 en Valencia. Una ilustrativa muestra de lo que significó para una mujer convivir junto a la droga y junto al VIH en un momento de democratización de las efervescencias.

En los años 80 Blanca conoció a Queco al más

puro estilo De la Loma, en un concierto heavy en el Watio. Era un chico de aspecto sesentero, que había cumplido ya los 18 y tenía por entonces dos años más que ella. Su estilo la había cautivado y esa noche se besaron apasionadamente como si el tiempo les pisara los talones: *“Queco me encantó, pero desapareció como un rayo porque a los diez días entró en prisión. No era la primera vez, había estado antes por atracos continuados junto al Francés, el Pitufo o la Wendy. Era drogadicto y vivía por sus adicciones, como le había sucedido a otros hippies”*. Esta situación rompió todos los esquemas preconcebidos de Blanca. Venía de colegio de monjas y comenzaba a salir y conocer la realidad que la envolvía.

Vivieron una larga relación en la distancia, avivada por una constante correspondencia donde reconstruían su desenfundado encuentro en aquel festival heavy. Él estaba en Cáceres II y solo en Blanca recaía la opción de visitarle: *“un día me armé de valor para ir a verlo en un vis a vis pero mi madre, que era taxista, me pilló al inicio de la peripecia: en horario de instituto y cargada con bolsa de viaje; lo de dormir en casa de la amiga no coló”*. Sin embargo, los padres de

Blanca supieron confiar en las palabras de su hija, aún menor de edad, y ofrecieron su consentimiento para la visita ante las autoridades penitenciarias extremeñas: *“ellos comprendieron que impedírmelo no evitaría que lo hiciera. Además, el respeto que mi madre mostró hacia mi persona hizo que no diera pasos equivocados. Se lo debía a ella y me lo debía a mí”*.

Cuando trasladaron a Queco a la Modelo de Valencia, Blanca hizo migas con muchas madres y parejas de presos con las que aprendió y compartió innumerables experiencias: *“recuerdo cuando inauguraron Picassent, todas las novias, que eran mujeres muy luchadoras, cogimos un autobús bien temprano y pasamos el día tomando el sol a las puertas, mientras nuestros respectivos saludaban contentos por nuestra visita tras los barrotes”*. Blanca visitaba siempre que podía a Queco y, en alguna ocasión, cuando él insistía mucho, le llevaba pastillas guardadas en su vagina: *“él me decía que con ellas conseguiría dinero para el abogado y a mí no me parecía muy arriesgado empetarme, al no tratarse de coca ni de caballo”*. El primer conocimiento que tuvo Blanca de su sexo nada tuvo que ver con un interés

sexual. Donde sí lo conoció fue en los *vis a vis*. Allí era toda una hazaña conseguir un poco de calidez mientras la luz del mediodía entraba por las rejas, donde las sábanas estaban desgastadas y sugerían mil cuerpos extraños. Allí las paredes desnudas hacían pensar si habría un micro oculto o si esta vez sonaría el timbre en cuanto una empezara a relajarse.

“Hace 25 años no había una conciencia del preservativo y nos limitábamos a la marcha atrás”

Dos años más tarde, al salir en libertad en el año 1989, Queco confesó a Blanca que tenía VIH, que se lo acababan de diagnosticar. Seguramente se contagió por las jeringuillas, se podía pensar. Ella lo aceptó y continuó experimentando con él su propia sexualidad: *“mis relaciones eran muy poco protegidas. Hace 25 años no había una conciencia del preservativo y nos limitábamos a la marcha atrás, todas lo hacían aunque supieran que debían usar condón. Los miedos siempre venían después”*. Y es que cuando la droga está presente, el VIH ocupa un segundo plano: *“las situaciones eran realmente intensas, mi novio se podía morir en*

cualquier momento de una sobredosis, así que yo pensaba muy poco en que pudiera caer enfermo y morirse quince años después a causa del VIH. Lo que yo vivía en el día a día era el efecto de la droga, era la sensación de iniciar una relación amorosa a dos pasos de la muerte”.

Blanca se hizo su primera prueba de VIH con 18 años. Siempre daría negativo. Le habían contado que ser contagiada por VIH es más difícil que quedarse embarazada, que para transmitirse el virus deben darse unas circunstancias muy concretas, por tanto, nunca temió mantener relaciones sexuales con una persona con VIH. Blanca estaba enamorada de Queco y eso era lo importante.

Durante sus años en libertad Queco mantenía una vida paralela a la que le unía a Blanca: *“cada dos por tres me llamaba diciéndome que acababa de atracar un banco o que le habían dado una paliza, que le habían encerrado o que estaba en el hospital”.* Blanca siempre pensaba en la necesidad de ayudar a los demás como vestigio del entorno cristiano en el que se había educado. Pero ¿cómo repercutía esta situación en el núcleo familiar de Blanca, con quien convivía?: *“jamás contaba nada para protegerlos, actuaba con*

la normalidad que requería mi entorno. Con la familia todo era buen rollo”.

La aventura entre Blanca y Queco duraría 5 años: *“yo era joven y estaba llena de energía. Estaba más que dispuesta a acompañarle en su proceso. Luego, si las cosas no salían, seguía siendo joven para rehacer mi vida”.*

Pasado un tiempo, Blanca estudiaba, trabajaba y participaba en diversas labores sociales mientras cedía su apartamento alquilado como piso franco para que su novio guardara lo robado y pasara el día *colocado*: *“los amigos de Queco también venían a casa y saltaban los patios de luces para guardar escopetas en los pisos colindantes”.* A Blanca, llevar una vida dentro de lo normativo no le impedía estar en contacto directo con el mundo de la droga y la delincuencia. *“Yo del VIH sabía poco, había leído algo en unos folletos informativos que el gobierno envió a todas las casas, pero en la vida real este problema acabó por normalizarse”.* Blanca, sin pretenderlo, se ubicó en un entorno donde el sida y el VIH formaban parte del día a día: *“he conocido personas que vivían continuamente con dolor, que tenían fiebre constantemente, que vomitaban a diario o que morían chillando. Vivir en esas*

circunstancias es muy angustioso". Pero la vida seguía para Blanca.

*"Nunca fui capaz de chutarme,
aunque no me faltaran las ganas"*

Siempre se ha considerado una monógama serial, con lo que muy poco después se fijó en Walter, un chico de su grupo de colegas que estaba en Proyecto Hombre y también tenía VIH, cosa que no le sorprendía porque por aquella época casi todos sus amigos eran drogodependientes: *"Walter vio en mí un apoyo y creó con ello una excusa para abandonar el programa contra la adicción"*. Ambos pensaron que con Blanca olvidaría a *White Lady*: *"creí que si permanecía a su lado él volvería al programa, en esos momentos yo tenía 21 años, era una persona muy dependiente y continué con él porque me sentía culpable"*. Tuvo que pasar un tiempo para que Blanca se diera cuenta de que así solo le transmitía mensajes contradictorios: *"le amenazaba con irme si se abandonaba, pero yo nunca me iba y la que se abandonaba era yo. En alguna ocasión quise colocarme como él para tratar de comprenderle y para que él entendiera como me sentía"*. Blanca ya conocía entonces que corría un serio riesgo: que él la terminara utilizando sexualmente

para ganar dinero como le había sucedido a otras muchachas. Pero eso nunca ocurrió: *“él nunca permitió que me drogara y yo nunca fui capaz de chutarme, aunque no me faltaran las ganas. Aun así, me tenía que haber ido, pero no lo hice”*.

Walter nunca había estado en la cárcel, pero era drogodependiente y, durante los 7 años que duró su relación, sufrió un proceso de deterioro significativo que le llevó a vivir un año en la calle y en alguna ocasión, cuenta Blanca, verse en comisaría: *“tenía contactos con empresarios que le mandaban robar, por ejemplo, materiales de construcción, lo que le hacía meterse en líos aunque no fuera un atracador del nivel de Queco”*. Fue por entonces cuando Blanca tuvo la sensación de estar reviviendo su relación pasada, con la diferencia de que éste último la terminaría atormentando: *“Walter comenzó a robar a todos mis amigos y familiares con excusas de lo más variopintas, lo que me hizo perder relación con parte de mi entorno porque yo no podía hacer frente a todas sus deudas”*. También confiesa Blanca que Walter la obligaba a sacar dinero del cajero, que duplicó las llaves de su casa para robar cuando le placía y le quitaba el coche, el cual *estampó*

en alguna ocasión: *“me juraba por Dios que necesitaba la pasta para pagar multas, todo lo que le sucedía era urgente, llegó incluso a decir que necesitaba el dinero para enterrar a su madre, que estaba viva, pero el dinero siempre, siempre, era para drogarse”*. Blanca empezaba a darse cuenta de que no podía continuar con esa situación: *“Walter era el típico yonqui mentiroso que se chutaba más de veinte veces al día. Y yo me dejaba manipular. Le amenazaba con dejarle y él pasaba una temporada tranquila alejado del jaco. Eso me hacía sentir bien, mis esfuerzos surtían efecto. Pero al final siempre volvíamos a las mismas. Estaba harta y no sabía como deshacerme de él”*.

En ese momento de su vida Blanca tenía 28 años, era voluntaria de prisiones y allí conoció a un chico 8 años mayor que ella: *“Vicent era todo un hombre, muy guapo, muy alto y con un buen nombre en la cárcel. Él, que había conocido la situación que estaba viviendo con Walter, prometió quitármelo de encima a su manera. Yo le dejé hacer”*.

Desde entonces, Vicent se convirtió en su guardaespaldas y en el tercero de sus novios. Los padres de Blanca se jubilarían poco después y se retirarían al pueblo, lo que les

permitió poder vivir juntos en casa con la mayor de las ilusiones: *“mis padres, además, estaban muy contentos con nosotros porque, a diferencia de mis parejas anteriores, Vicent había comenzado a trabajar”*. Pero Vicent también era drogadicto y también tenía VIH. Entonces, en un intento por reforzar la calidad de vida de ambos, Blanca le propondría acudir a Proyecto Hombre y él accedería de buena gana.

“Un día volví a casa y lo encontré tirado en el suelo. Había consumido y lo habían envenenado con heroína adulterada. Yo tardé en reaccionar. Él me decía con insistencia, pero casi sin fuerzas, que iba muy ciego porque hacía mucho que no consumía. Trataba de convencerme. Llamé al SAMU pero no hubo nada que hacer. Esa misma noche Vicent murió de un paro cardiaco ante mí”.

La vida de Blanca se rompía en pedazos de nuevo. Ella siente que su juventud no fue nada fácil y que ahora, una veintena de años más tarde, comprende que sus experiencias han descubierto historias de VIH y han sido historia reciente: *“los jóvenes de los 80 tenían muchos problemas, su última preocupación era una enfermedad que a largo plazo podía*

ser mortal. Pero para mí, que vivía junto a estas personas, la muerte tenía un papel fundamental. Por eso, todas las cartas, todas las fotos, todas las experiencias, las vivía con extremada intensidad solo por poder recordarlas en el presente con cierta nitidez. Porque ya entonces era consciente de que hoy muchas de esas personas quizás no estarían en mi vida. Porque lo cierto es que el VIH no asustaba más de lo que podía hacerlo la droga: primero había que ir contra la droga para profundizar en la prevención del VIH”.

Haber vivido en primera persona cómo es estar al lado de personas que delinquen, que viven en la calle, que se drogan, que están en prisión, que enferman, ha hecho de Blanca una mujer fuerte con grandes habilidades para buscar siempre una vía en positivo. *“En cuestión de amores, mi vida nunca ha sido sencilla. Tras la muerte de Vicent, tuve una relación con otra persona que, sin ser drogadicta ni delincuente, me las hizo pasar peor que en las tres experiencias anteriores. Pero ya no viene al caso. -Hace una pausa y retoma el tema en un intento por concluir de una manera adecuada, casi didáctica- El caso es que observo grandes distancias entre, por ejemplo, drogodependientes o enfermos*

mentales y el resto de seres humanos. La sociedad se empeña en que los veamos como distintos y eso realmente me duele. Yo siempre tengo presente que bien por una mala racha o por una circunstancia concreta uno puede verse envuelto en mil problemas de la noche a la mañana. A lo largo de estos años he aprendido que debemos ser consecuentes con nuestras palabras y con nuestros actos. Porque hoy estás ahí y mañana estás aquí.”

Varias dosis de Enrique

“De pequeño me junté con *quinquis* y tiré del bolso de más de una vieja, después fui con *hippies* y vendía pulseritas mientras me ponía hasta las trancas de mescalina, mi droga preferida. Pero conocí la *Ruta del Bakalao* y Valencia se convirtió en mi lugar preferido para vivir”. Este conjunto de historias arrancan su historia de vihda. Este es Enrique en pequeñas dosis.

Quique el niño

En 1965 Enrique nació en L’Hospitalet en el seno de una familia obrera procedente de Cuenca, que se había trasladado a Cataluña

en busca de una oportunidad laboral en la Seat. Allí, los padres de Quique y dos matrimonios más de la familia iniciaron una vida próspera que se interrumpió cinco años más tarde, cuando la madre de Quique murió de leucemia. En ese momento Quique y su hermana, Mari Cielo, retornaron a Cuenca, cada uno a casa de una abuela, para cursar la educación primaria al cuidado de familiares y allegados. Cinco años más tarde, el padre de ambos determinó que era buen momento para regresar a L'Hospitalet así que Quique y Mari Cielo, con 10 y 9 años, prepararon sus maletas con una ilusión efímera que menguaría en cuanto arribaran a Sants. En ese momento cada uno debería instalarse por separado en casa de los dos hermanos del padre, con la esperanza de que sus cuñadas les aportarían el calor de una figura materna.

Cuenta Quique que sus tíos nunca le llegaron a tratar mal, pero tampoco le ofrecieron algo del cariño que sí regalaban dichosos a sus hijas carnales. Pese a que le proporcionaban un techo y comida, y le mantenían aseado, Enrique siempre ha sospechado que su permanencia en ese hogar amargaba la vida de sus anfitriones: *“con 13 años descubrí que*

no podía estar más en esa casa y un buen día decidí escaparme”.

Sin ropa de abrigo y sin techo, la primera noche, después de caminar un buen rato por barrio ajeno, Quique decidió dormir en un parque que se le antojó adecuado. El segundo día se apoltronó junto a la puerta de un bingo y dejó allí pasar las horas. Entre las idas y venidas de los jugadores, un hombre se fijó en él y le preguntó si no tenía casa. Ante la negativa aquél le ofreció dormir en su apartamento. Quique aceptó porque estaba *muerto* de hambre y pensó que ese tipo le solucionaría la noche pero, al acostarlo en la cama, el hombre le insinuó que quería acariciarle: *“empezó a tocarme por la pierna y yo le dije rápidamente que esas cosas no me gustaban. Me pareció que lo había entendido así que no tuve miedo de permanecer ahí. Al día siguiente se despertó y me echó de la casa porque se tenía que ir a trabajar”.*

Quique pasó el día vagando por las calles. Desquiciado por el transcurso estacionario de las horas, sabía que por la noche su suministrador acudiría de nuevo al bingo, así que volvió allí a esperarle. Y así durante las tres noches siguientes, aquel tipo ofreció a

Enrique un plato de comida y un techo donde reposar. A la cuarta noche que esperaba frente al bingo vio cómo el coche de su padre se acercaba junto a su tío y otros hombres. Entonces salió corriendo a pesar de que sabía que lo terminarían alcanzando: *“cuando le comenté a mi padre que había dormido en casa de un hombre me llevó al hospital donde me hicieron pruebas. Evidentemente no salió nada porque yo lo hubiera impedido”*. Entonces Quique regresó a la fuerza a casa de sus tíos: *“era volver otra vez a la miseria, ellos no me daban nada de dinero, y a mi padre me costaba mucho racanearle las pesetas”*.

Quique, el *quinqui*

Podría decirse que si Eloy de la Iglesia se hubiera pasado por L’Hospitalet para reclutar actores para alguna de sus películas, habría podido fijarse en Enrique y en su grupo de colegas: *“siempre veía que mis amigos salían con más dinero que yo, así que me junté con la peña más problemática del barrio porque ellos sabían sacarse las castañas del fuego. Fue en esa época cuando tiré de algún bolso. Solo lo hacía cuando me parecía necesario y para ello nos íbamos a un*

barrio de pijos y elegíamos a quien más rabia nos daba”. Muy pocas de las veces Quique fue detenido por la policía: *“como era menor de edad, si te pillaban, te llevaban a comisaría, te daban una buena tunda y te dejaban marchar. A veces, la paliza era en la misma calle. Y si te preguntaban por el teléfono de casa de tus padres, siempre eras huérfano”.*

Cuando la hermana de Quique, Mari Cielo, cumplió los 14 su padre creyó que ya podía hacerse cargo de las tareas de la casa, así que ella y Quique se instalaron en el que un día fue su hogar: *“volvimos para reiniciar una vida juntos, pero en seguida nos dimos cuenta de que ya no teníamos un apego especial. Mi padre era un hombre chapado a la antigua y a nosotros nos rechinaba que a esas alturas quisiera imponer sus reglas”.* Cuando la familia de Quique al fin se reunió todos sus miembros se sentían recíprocamente unos extraños.

Con 15 años Quique fumaba *porros* y comía *tripis*. Le gustaba experimentar con la *hierba* porque le transmitía bienestar en su día a día, pero le encantaba el *ácido* porque por aquella época Quique fue conociendo que la psicodelia le creaba una verdadera adicción:

“los tripis eran muy baratos, por 200 pesetas podías pasar todo un festival con un viaje alucinante, así que no te lo pensabas”. La experimentación de Quique con el LSD se produciría de manera gradual: “los comencé a consumir cuando iba con los colegas de excursión al campo, después nos los comíamos en los conciertos heavies, más tarde me los hacía en solitario, mientras estudiaba, pero ya tiempo después me los he llegado a comer de continuo en el trabajo. Y durante más de 20 años he sido taxista en Valencia”.

Quique, por entonces, era joven, quería experimentar y gastarse el mínimo dinero posible en sus *ciegos*: *“cuando no había droga, nos conformábamos con arramblar en las farmacias algo de Dexedrina o Rohypnol”.*

A pesar de que Quique no tenía ningún interés por los estudios, casi sin pretenderlo, con 17 años finalizó COU de manera satisfactoria: *“el día antes de Selectividad fui con dos amigos a un concierto de Black Sabbath y UFO, te puedes imaginar, fui volando toda la noche y, sin dormir, al día siguiente no sé ni qué escribí en mis exámenes. El caso es que aprobé”.* Pero a

Quique estudiar no le complacía, lo que él quería era disponer de dinero para no sentirse tan limitado. Pronto, sus intereses económicos cambiarían paralelamente a su consumo de nuevas drogas.

El Quique *hippie*

Después de ver cómo algunos de sus amigos se metían en problemas serios con la Justicia, Quique se planteó a los 18 años cambiar progresivamente de ambiente: *“yo nunca había sido partidario de hacer daño a la gente, así que me olvidé de los colegas más quinquis y me dediqué a pedir en la calle junto a un grupo de hippies que conocía. Hacíamos pulseritas todo el día y llevábamos una vida la mar de tranquila”*. Quique sentía que una vida *de buen rollo* era posible sin necesidad de arriesgarse a una detención o una paliza: *“entonces entre colgante y colgante me dediqué a hacerme mescalina hasta el punto de considerarla mi droga preferida. Los viajes eran ideales, no tenías subidas ni bajadas, pero sobre todo la gente era muy agradable y abierta. Sentí que todo aquello era precisamente lo que me tocaba vivir”*.

Quique el *bakala*

Quique alternaba su vida en L'Hospitalet con temporadas en el pueblo manchego de sus abuelos. Allí tenía colegas que vivían en Valencia y fue a través de esta mediación que Quique se inició en la música que comenzaba a estar más de moda: el *Bakalao*. A menudo organizaban viajes a Valencia para ir de festival: *“allí uno llevaba tripis, otro speed, otro mescalina, los más rácanos solo llevaban porros, pero por lo general se creaba una especie de concurso para ver quién había traído mejores drogas. Al final hacíamos cata general, lo compartíamos todo, así que los ciegos eran realmente fuertes”*. Fue por aquella época cuando Quique se presentó a la mili como voluntario para ganar algo de dinero. A su vuelta, se hizo taxista en Barcelona y en vistas de que la situación personal comenzaba a mejorar, Quique vio una oportunidad de enamorarse e iniciar una vida independiente. Ella era Carmen, una chica de Barcelona a la que le encantaba la fiesta, más incluso que a Quique: *“era muy festera, tanto que todos los fines de semana quería que fuéramos en el taxi hasta Valencia, así que como estábamos tan*

ilusionados accedimos a comprar un piso en la capital de la Ruta”.

Una vez se trasladaron a Valencia, Quique comenzó a trapichear con cocaína: *“era lo más rápido para conseguir pasta y esto me permitió tratar con gente de más nivel social”*. Pero Carmen llevaba un ritmo que Quique no podía seguir: *“sí es cierto que yo era camello y me drogaba hasta ponerme loco, pero también trabajaba con el taxi y pensaba en el futuro, en si algún día tendría hijos... Ella no, solo vivía por la coca, se metía alrededor de cuarenta rayas al día, una cada media hora, y nuestra relación fue degradándose hasta que finalmente vendimos el piso y cada uno se fue por su lado”*. Quique se fue poco después a vivir al Perelló, en pleno núcleo bakala, a casa de un amigo que le permitía desplazarse en un santiamén a las discotecas donde tenía más clientes, así que la situación le pareció ideal para ahorrar algo de dinero. Pero entonces, con 28 años, Quique comenzó a manifestar síntomas psicóticos y se obsesionó con que la policía secreta le seguía a todas partes. Era hora de iniciar un cambio y pensar en llevar una vida de la que pudiera sentirse orgulloso.

Enrique

Recorrer un camino equivocado es tarea que todo el mundo vive, pero para Enrique, están los que al percatarse del fallo retornan por donde han venido y los que hasta que no se chocan con el final del camino no cambian de tercio: *“yo soy de los segundos, llegué a un punto en que me quedé loco, sin pasta y mi colega me invitó a pirarme de su casa. Entonces me fui un año a Cuenca a desengancharme de las drogas más duras”*.

Con 30 años Enrique volvió a Valencia y recuperó su licencia de taxista. Ilusionado por comenzar una vida nueva, fue diagnosticado con VIH tras hacerse unos análisis rutinarios. Él no podía comprenderlo, si no había sido vía intravenosa –a Quique le aburría sobremanera el *ciego* adormilado de los heroinómanos- su enfermedad había tenido que transmitirse por vía sexual. Entonces comenzó a hacer balance de las mujeres con las que había intimado: *“nunca sabré si Carmen tenía VIH porque murió al poco tiempo por sus desfases. Pero es probable que la vida nocturna, en los términos en los que yo la vivía, fueran de por sí un factor de riesgo, pues mantenía*

relaciones con cualquier mujer en medio de un ciego importante, lo que me hacía pensar que usar o no el condón no era importante mientras no dejara embarazada a nadie”.

Cuando Enrique fue diagnosticado con VIH pensó que el mundo se le venía encima: *“pero con el tiempo sinceramente llegué incluso a agradecerlo porque me di cuenta de que hasta el momento solo había trabajado para cavar mi propia fosa”.* Quique había tenido varias recaídas en su intención por dejar las drogas: *“tener VIH me obligó a cuidarme de verdad”.* Entonces, en medio de un proceso de medicación controlada, Enrique trató de eliminar por completo sus conductas adictivas: *“eso sí, cuando hablo de drogas nunca me refiero a la marihuana”.*

Con el tiempo, Enrique conoció un nuevo amor: *“una noche recogí en mi taxi a una prostituta que trabajaba en una sauna del centro y me enamoré perdidamente de ella”.* Era la primera vez que Enrique confiaba a alguien su condición antes de mantener una relación sexual: *“creí que sería muy difícil, pero ella me dijo que tenía Hepatitis C, así que ambos nos protegimos durante el tiempo que duró nuestra relación”.* Enrique inició un

período de estabilización y comenzó a buscar excusas para no salir por la noche: *“prefería llegar de trabajar y volver a casa junto a mi chica, que también había dejado lo suyo. Pero la relación no salió y me busqué la vida para hacerme con un nuevo techo para vivir. No podía tirar tanto esfuerzo por la borda”*.

Enrique ha vivido silenciado durante muchos años y tardaría muchos más en contar su situación a familiares y amigos. Ahora, concienciado y lleno de energía, vive en un piso tutelado junto a dos compañeros también afectados por el VIH. Rodeado de amigos y especialistas se mantiene ilusionado por tener tanto que contar desde una posición privilegiada: *“me encuentro más sano que nunca, mis pensamientos son claros, mi vida es tranquila y, habrá quien diga que no es para tanto, pero puedo asegurar que lo conseguido a día de hoy es todo lo que de manera disimulada siempre había andado buscando”*.

Otro junio para Máryuri

Cuando se iniciaron las primeras investigaciones se llamó “club 4H” a lo que se pensó que era el conjunto de colectivos de riesgo más expuestos para adquirir VIH. Este término discriminatorio englobaba a homosexuales, heroinómanos, hemofílicos y haitianos. Los afectados no pertenecientes a esta catalogación se convertían en una excepción de quien compadecerse. Mala suerte por sexo no protegido. Como sucedió a muchas mujeres en los años 80 y como ha pasado con Máryuri, una mujer de 42 años diagnosticada con VIH hace ocho meses. Ella siempre ha

sido una chica sana, le gusta cuidarse, nunca ha probado las drogas y ha tenido sexo con tres personas en toda su vida: *“jamás hice nada en mi vida diferente a lo que hace cualquier mujer cuando tiene sexo con su pareja”*.

El junio que vino

Una mañana de esas que ya calienta el sol desde primera hora a pesar de haberse mecido la noche entre vaivenes de lluvia ligera, a principios del verano de 2014, Máryuri recobró el conocimiento, como cada día, junto a su marido en el lecho que comparten, soporte de sus sueños. Creyó abrir sus ojos desde la cama, invitada por los destellos de luz que se cuelan por las persianas, cuando sintió de inmediato que algo no funcionaba con la normalidad habitual. Era extraño. Su cuerpo se petrificó por la impresión. Permaneció inmóvil durante varios segundos estupefacta, confundida, y en un instante dudó de si sus ojos estaban verdaderamente abiertos: *“había dejado de sentir el lado izquierdo de mi cara, después los cosquilleos pasaron al brazo de*

ese eje y ahora, como ves, –me dice señalándose la pierna- para caminar diez metros necesito invertir grandes dosis de esfuerzo y tiempo”.

Ese mismo mes los médicos comunicaron a Máryuri que había adquirido VIH y que las reacciones físicas que se habían producido tardarían aún unos meses en desaparecer. Su parálisis había sido orgánica, pero era también simbólica: *“yo no podía creerlo, de verdad, el único riesgo al que creía que me exponía practicando sexo a pelo con mis parejas era quedarme embarazada. No podía estar pasándome a mí”.* Ya había sido su vida bastante agitada como para volver a empezar de cero. Junio le había cambiado la vida. Ahora solo quería adelantarse a los días para darle, cuanto antes, la vuelta a la hoja del calendario.

* * *

Máryuri es una mujer hondureña que nació en 1973 en Danlí, un pequeño municipio al sur de El Paraíso: *“me crié con mis abuelos maternos porque mi madre era una mujer separada y se juntó con un hombre que había dado mucho que hablar en el pueblo”.* De él se sabía que había estado casado con una mujer

y había dejado embarazada a la hija de ésta: *“entonces, mi abuela trató siempre de mantenerme alejada”*. Como todo eran habladurías, Máryuri nunca dio una importancia especial a ese chisme, ella solo era una niña, pero cuando su abuela falleció notó que algo había cambiado: *“a los 14 años quedé al cuidado de mi abuelo y fui dándome cuenta de que el novio de mi madre venía a visitarnos más que antes”*. Cada vez que el abuelo se despistaba, cuenta Máryuri, el novio de su madre la buscaba para intimidarla: *“a él le gustaba acercarse mucho a mí y yo en esos momentos no podía más que permanecer inmóvil. A veces me cogía de la cintura y me acariciaba el cuerpo hasta que yo le pedía que, por favor, parase. Entonces, me insultaba porque no le dejaba hacer lo que quería”*. La hostigaba, pero no le pedía que guardara en secreto sus encuentros: *“ese hombre estaba muy convencido de que mi madre no se enteraría nunca y eso me aterraba”*.

El acoso que sufrió por parte de su padrastro fue especialmente traumático para ella, que no supo a quién recurrir en esos momentos difíciles: *“fui incapaz de decirle nada a mi madre porque lo que más temía era su*

rechazo. En el mejor de los casos –en caso de que la creyera- ella rompería con su novio y se quedaría sola, así que a mí me reconcomía la culpa y el cargo de conciencia”. Muchas cosas parecían depender de Máryuri: la felicidad de su madre, su propia protección y el cuidado de su hermano y sus cinco primos pequeños que vivían en el hogar junto al anciano abuelo. Pero ella era una mujer joven que tenía mucho por descubrir. Terminó su educación básica y continuó haciéndose cargo de los pequeños hasta que pudieron cuidarse por sí mismos.

Acababa de cumplir 22 años cuando se trasladó a la capital industrial hondureña, San Pedro Sula, a trabajar en las maquilas. Quería independizarse y tenía amigas allí que le ofrecieron el alquiler de una habitación. Se sentía bien, por primera vez todo el peso familiar no recaía sobre ella: *“me dio lástima dejar a mi abuelo tan viejo con todos los chicos, pero debía aprovechar mi momento”.*

Pasarían dos años como flechas, permitiéndose Máryuri disfrutar de sus intereses solo en las insuficientes horas del día no laborables, cuando conoció a Luis, un

chico rubio y de ojos almendrados con el que había coincidido en las prácticas de un curso de informática: *“nuestra historia pasó muy rápido, al menos para él, porque nos conocimos, nos enamoramos, discutimos una tarde y no volvimos a tener contacto”*. Lo que Luis no sabía era que Máryuri estaba embarazada cuando se produjo aquel encontronazo: *“él era un buen chico, a mí me gustaba mucho, pero poco después de romper supe que ya había encontrado otra novia, así que no quise estropear su nueva relación”*. Era la segunda vez que Máryuri ocultaba un suceso importante de su vida por evitar molestar o hacer daño a los demás.

Pasados unos años se personó en casa de Luis para presentarle a su hijo: *“lo hice porque el niño había empezado a hablar y me preguntaba si tenía padre”*. Desde entonces, Luis motivó regularmente el contacto y, un par de años más tarde, Máryuri le propuso una segunda oportunidad: *“no forzamos nada, nos encontrábamos bien juntos, en familia. No tardé en volver a quedarme embarazada”*. Pero cuando Máryuri dio a luz por segunda vez, Luis perdió de nuevo el interés por ella y partió del hogar que compartían: *“me vi sola al cuidado de un recién nacido y un niño de 6*

años; sabía que debía trabajar día y noche en las maquilas para poder darles una vida digna así que, puesta a no ver a mis hijos, decidí venirme a España”.

Era el año 2007 y ya estaba todo decidido. Máryuri dejó a sus hijos al cuidado de su madre y se embarcó rumbo a Málaga donde residía una buena amiga: *“ella vivía en un pueblo y ambas pensamos que allí me iba a resultar muy difícil encontrar trabajo, así que a las dos semanas me fui para Valencia donde tenía otra compañera de las maquilerías”.* Pudo encontrar fácilmente un trabajo como asistente interna de una mujer mayor: *“aproveché que no tenía ningún gasto para mandarlo todo a mis hijos”.* Y aunque había llegado con muchas ganas de hacer nuevos amigos, Máryuri trabajó de lunes a domingo durante aproximadamente cuatro años: *“me sentía muy agradecida porque me habían facilitado el permiso de trabajo, un lugar donde dormir y tres platos de comida diarios, pero llegó un momento en que sentí que necesitaba cambiar de aires. Necesitaba libertad”.*

Entonces era el año 2011, Máryuri quedó en paro y pensó en disfrutar unos meses de un

merecido descanso: *“nos unimos cinco amigas y alquilamos un piso juntas. Fue una etapa maravillosa donde conocí la ciudad y desarrollé mis relaciones sociales”*. Durante esta época, mientras continuaba buscando trabajo, Máryuri inició una relación con un chico de Valencia, pero dejaron de verse a los pocos meses. A partir de 2012 encontró otra persona mayor que requería servicios de atención personalizada: *“acepté el trabajo con el requisito de dormir en casa y descansar los domingos”*.

Aparte de trabajo, en el año 2012 también había encontrado Máryuri al chico que la iba a hacer cambiar su visión sobre los hombres: *“conocí a Jorge en la celebración de cumpleaños de mi compañera de piso. Su novio trajo un amigo y yo me prendé de él porque se le veía en la cara que era buena persona. Empezó a venir por casa y finalmente nos fuimos a vivir juntos”*. Todo le duraría hasta 2014. Su trabajo y su noviazgo.

“Tras el fatídico junio, Jorge respondió a la situación pidiéndome matrimonio. Primero él se hizo las pruebas y me quedé tranquila al saber que estaba limpio. Accedí a su propuesta y nos casamos un par de meses

después. Gracias a su apoyo he sacado fuerzas para programar lo que quiero que suceda con mi vida en el futuro. Él está en mis planes y él mismo los inspira”.

El junio que viene

En abril de 2016 Máryuri viajará a Honduras para ver a sus hijos, de 15 y 9 años. Ya lo ha organizado todo, el médico le ha dicho que para esa fecha su pierna funcionará como antes y, además, tiene la intención de convencer a sus pequeños, no tan pequeños, para venirse a España con ella. Está deseosa de volver a conocerlos. También ansía Máryuri volver a ver a su madre y sincerarse con ella después de casi 30 años: *“ella terminó dejando a aquel hombre porque la maltrataba, así que una de las cosas que más deseo es llegar hasta allí para aclarar este tema que nunca pude olvidar”.* El plan es quedarse un tiempo, el suficiente para arreglar sus conflictos y traumas del pasado, y el necesario para permitir a su hijos despedirse de sus más allegados amigos. Para junio está acordado que regresen a Valencia y conozcan al hombre que hace feliz a su madre. Para junio Máryuri tiene previsto

comenzar una vida nueva: *“sé que lo merezco y que saldrá bien, porque el pasado junio para mí supuso un trance, así que prefiero acogerme a que el junio que nos espera nos brindará la mayor de las oportunidades”*.

Yo estimo, tú estimas, él ESTIGMA

“A veces pienso que si fuera drogadicto la gente no me juzgaría de esa manera tan feroz; pensaría que he tenido una vida difícil y he sido víctima de mis propias circunstancias. Sin embargo, como yo no he adquirido el VIH por jeringuilla ni en un quirófano, sino por vía sexual, mi vida es el constante sobreesfuerzo de hacer ver a todo el mundo que no soy un perverso”.

“El estigma es un proceso que atribuye a un individuo, o grupo de individuos, una característica que lo desprestigia a los ojos de los demás”

Erving Goffman, La identidad deteriorada, 1963

Roberto es cubano y vive en Valencia. Es monitor voluntario de salsa, se encuentra en situación de desempleo y está esperando un orden de desahucio. Tiene 44 años. Ha subsistido los dos últimos años de la beneficencia y tiene un ciclo formativo de comercio internacional que no ha podido convalidar. Un problema en su columna vertebral le supone limitaciones para llevar a cabo ciertas actividades. Es habilidoso con la informática y dispuesto si se trata de ayudar a los demás. Se considera homosexual a un 80% y, en el hueco habido en la porción restante, se permite licencias heterosexuales que considera también necesarias para su plenitud individual.

La identidad de Roberto es palpable desde múltiples ámbitos subjetivos y precisamente no hay cosa que más le preocupe: *“la gente del trabajo, la gente de tu barrio, tus amigos, tu familia, todos y cada uno de ellos te juzgan por el fragmento que conocen de ti, y si lo que descubren es que tienes VIH seguramente va a producirse un prejuicio diferenciador, que termine marcando las distancias de una u otra manera”*.

* * *

Roberto nació y creció en La Habana como una persona abiertamente heterosexual. A los 20 años comenzó a salir con chicos y descubrió que dentro de sí había una gran dependencia a sentirse acompañado: *“nunca he sido muy estable emocionalmente, nunca me ha gustado estar solo, así que cuando empecé a salir de fiesta por las noches me dejaba llevar por una necesidad irremediable de amarrarme a alguien con independencia de su género”*. Roberto se esfuerza por ser más concreto: *“los procedimientos siempre eran los mismos, salía un viernes noche, conocía a alguien yendo muy pasado y, cuando me quería dar cuenta, llevaba dos meses viviendo con él o con ella. Quizás a esto se le llame ser promiscuo, pero yo siempre tuve sexo con protección y solo lo hacía porque era muy inseguro y deseaba sentirme querido”*.

A Roberto le pareció aumentar sus oportunidades para ser feliz en la medida en que tenía a su alcance las nuevas cuotas que otorga la bisexualidad, pero el modo transitorio en que llevaba a cabo dichas experiencias le hizo reflexionar poco después: *“mi vida llegó a depender del*

apetito de mis amantes, de si ellos aceptaban o no mi permanencia en sus casas, así que cuando conocí a Teresa la elegí para cambiar el rumbo de mi vida”.

Teresa era una chica española que había viajado a Cuba con una beca para estudiar. Ella tenía 21 años, dos menos que él, y se prendó de Roberto una noche que lo vio bailar en una discoteca: “iniciamos una bonita historia y nos casamos antes de que ella tuviera que regresar; yo me quedé en Cuba gestionando documentos y a los tres años, en 1997, conseguí viajar a España”. Roberto deseaba conocer mundo, llegó a Valencia y fue acogido en la casa familiar de su mujer: *“la situación era realmente difícil en esos años para encontrar trabajo, así que aproveché todas las proposiciones que me surgieron para currar en economía sumergida porque solo así pude salir adelante sin necesidad de pedir dinero a nadie”.*

Al cabo de dos años el matrimonio se rompió: *“la convivencia comenzó a ser realmente difícil y, como no teníamos hijos que nos hicieran dudar sobre la*

permanencia de nuestra relación, decidimos divorciarnos de mutuo acuerdo”.

Roberto pasó a vivir durante una temporada en casa de varios amigos hasta que finalmente consiguió su permiso de residencia y pudo alquilarse un apartamento en la Olivereta. Había dado un gran paso, se sentía independiente y buscó abrir su círculo social en una Valencia que le prometía potenciales juergas y disfrutes: *“es cierto que Valencia se me antojó mucho más abierta que La Habana. Sin embargo, y quizás sea por mis diferencias culturales, siempre he tenido la sensación de que en Cuba la bisexualidad se criticaba menos que aquí, o al menos de un modo menos condenatorio”.*

Por esas fechas Roberto intentaba disfrutar de su soltería y creó de nuevo una rutina de ocio nocturno por locales como La Guerra o el Kalatos. Sin embargo, su salud no era la misma que en La Habana. Algo le estaba sucediendo: *“como no me sentía muy bien me hicieron algunas pruebas y en una biopsia detectaron un problema en el hígado. Al principio me diagnosticaron principio de tuberculosis. Pero terminaron reculando y*

determinaron que padecía los síntomas del VIH”. Roberto asegura que todas sus relaciones fueron protegidas y cree que un condón debió romperse en el momento del contagio: “quise culpar a mucha gente; me costó asimilar que no se trataba de culpar, sino de comprender. Entonces agradecí que durante todo el tiempo que estuve con Teresa, ella no llegó a adquirir el VIH”.

El estigma físico

En el momento en que diagnosticaron VIH a Roberto acababa de comenzar a trabajar en una fábrica maderera. Era el año 1999: *“de repente me vi en la tesitura de si contar o no mi problema en el trabajo. Mi labor allí requería mucha fuerza pero, como era mi única vía de sustento económico, los médicos me recomendaron evitar en la medida de lo posible, al menos durante el primer año, las revisiones de las mutuas”.* Roberto pasó el tiempo que pudo evitando cualquier rutina social junto a sus compañeros: *“comía a solas para que no se percataran de que hacía una dieta especial y tomaba 16 pastillas diarias. Tenía muy claro que debía cuidarme*

y tratarme adecuadamente en el caso de que se produjera alguna herida y en toda esa etapa, que duró 9 años, hice un gran esfuerzo para cuidar mi apariencia con tal de no parecer enfermizo”.

Estigma institucional

En el año 2008 Roberto pierde su trabajo por razones coyunturales. Llevaba poco tiempo pagando una hipoteca de interés variable por 40 años y de repente se vio sin tener cómo hacer frente a las deudas: *“después de todo el esfuerzo por involucrarme en la compra de una casa llevo varios años metido en juicios y aún espero la sentencia que dictará lo que el Estado piensa hacer conmigo, si me ofrecen una vivienda social o, en todo caso, una pensión por discapacidad”.* Los dos años siguientes a la pérdida de su empleo Roberto fue abastecido a nivel alimenticio por la Casa de la Caridad y, a partir de 2010, por Cáritas. Era difícil dar con los recursos potenciadores acordes a las necesidades concretas de Roberto, pero ya en última instancia fue derivado al Centro de día El Faro: *“me costó varios años dar con el*

Comité, me llevaban de un centro de beneficencia a otro y eso me hacía sentir como un desperdicio social”.

Roberto ahora ha tenido oportunidad de adquirir nuevas habilidades personales y sociales: *“cuando vengo al Centro de día me siento como una persona con posibilidades, que puede contar con una asistente social, un fisioterapeuta o un psicólogo”.* A pesar de estar inscrito en el Centro Especial de Empleo del Comité y haber repartido currícula por todos los pueblos de la provincia, Roberto todavía no ha conseguido un empleo: *“he realizado decenas de cursos subvencionados y otros pagados con mis pocos ahorros, pero continúo sin trabajo a pesar de que pongo en conseguirlo todo mi entusiasmo”.*

Estigma verbal

Son muchos los ámbitos donde se producen y reproducen categorizaciones, etiquetas, hacia las personas con VIH. El desconocimiento y la falta de sensibilidad ejerce una presión que se extrapola en circunstancias muy concretas de la vida de

las personas afectadas. Roberto, por ejemplo, está convencido de que la dificultad añadida a su condición es aquella que él es incapaz de controlar: *“yo puedo tratar de buscar un trabajo con empeño, pero queda fuera de mi alcance que el empresario de turno decida discriminar mi candidatura por preferir a otra persona con una discapacidad menos estridente”*. Los contratos bonificados para la contratación de personas con discapacidad son una medida de política activa que en la teoría se pretende posibilitadora: *“pero si los empresarios tienen acceso a datos confidenciales, que especifican el tipo de limitación y su causa, entonces, si tienen opción de escoger entre dos personas con un mismo nivel de discapacidad, seleccionarán a aquélla que no les suponga un conflicto moral”*.

“Nadie quiere estar al lado de un sidoso – dice Roberto con verdadera crudeza- y, por supuesto, ningún jefe quiere ser tan polémico como para meter en su plantilla a una persona que, creen, puede poner en peligro las redes de confianza del equipo de trabajo. Puestos a elegir, seleccionan la discapacidad menos escandalosa”.

Estigma social

Roberto admite padecer una enfermedad que hasta hace bien poco no sabía en qué consistía: *“cuando el que tiene VIH es otro tus reacciones de rechazo son casi automáticas, solo sabes que no quieres tenerlo cerca y, por tanto, ignoras cuánto puede afectar un gesto o una decisión arbitraria a la persona afectada”*.

En el momento en que fue diagnosticado con VIH, Roberto se dio cuenta de que su identidad no solo estaba conformada por elementos funcionales, es decir, por sus acciones y preferencias, sino también por aquellos rasgos que no había elegido poseer: *“de repente yo también era una persona de ese colectivo marginal y una lluvia de prejuicios comenzó a caerme encima”*. La identidad de Roberto, como la de todos, comenzó a definirse en dos vías marcadamente diferenciadas: su identidad elegida y su identidad asignada. Un fenómeno cognitivo que repercute de múltiples formas en la esfera individual y social de Roberto: *“si no fuera porque me tomo la medicación como si de vitaminas se tratara mi autoconcepto habría sufrido*

hasta límites muy destructivos. Ahora ya soy consciente de quién soy y de que mi situación no solo depende de mí, sino de la sociedad y sus juicios de valor colectivos, sus miedos y su posición enfrentada a mi posición”.

El estigma como potenciador de la alteridad

En el año 2005 los teóricos Ogden y Nyblade identificaron cuatro ámbitos principales donde se produce y reproduce el estigma. Estas esferas físicas, verbales, institucionales y sociales participan en la vida de todas las personas y suponen limitaciones para aquellos afectados que solo tratan de encontrar un poco de luz en el transcurso de sus días: *“he tenido que ser más fuerte que las piedras para poder mirar al frente sin vergüenzas, sin complejos y sin culpa”*. Porque el estigma no solo es identificable, a veces también se muestra indetectable, a menudo se percibe y se afronta, y a veces incluso se oculta. Porque nadie quiere ser portador y víctima del estigma, en tanto que modifica el rol social

que cada uno venía desempeñando hasta el momento.

El estigma, por consiguiente, puede ser visible o invisible, real o no, pero desde luego es un proceso de cambio que se produce en dos niveles y repercute de igual modo a ambas partes: por un lado, el estigma actúa como herramienta para potenciar la *alteridad*, lo que supone que quien ejerce el estigma lo hace voluntaria o involuntariamente para distanciarse del afectado. Y por otro lado, la persona con VIH se ve imposibilitada para promover reacciones de proximidad ante el grupo si se imagina como sujeto estigmatizado. Todos sus esfuerzos, por tanto, se ven reducidos a la vigencia de las barreras psicológicas.

¿Pero cómo combatir el estigma? ¿Cómo motivar la interacción con aquello que nos resulta diferente? ¿De qué manera promover el enriquecimiento colectivo?

Aceptar el *alter*, construir un *ídem*

Los enfoques teóricos más prometedores recopilados por el informe ONUSIDA de

2008 para tratar de combatir el estigma y la discriminación invitan al aumento de la información y, sobre todo, a la puesta en contacto directo o indirecto entre las personas que viven con el VIH y el resto de la sociedad. Actividades que fomenten el pensamiento crítico y ayuden a reducir lo que el organismo internacional define como un tratamiento injusto y malintencionado en relación con el VIH.

“A mí me gustaría que se me conociera por otras cosas, pero no puedo negar la evidencia de que hay ciertos rasgos de mí mismo que no pasan desapercibidos a una sociedad obsesionada por disponer de una cara B con quien compararse, con quien sentirse en ventaja”.

Memorias de un largo viaje

La relación con su padre nunca había sido demasiado estrecha, pero en 1990 Juan se empeñó en acompañarlo a Valencia con el pretexto de ayudarlo a gestionar una herencia familiar. Por entonces tenía 30 años, estaba sumido en una profunda depresión y lo que realmente deseaba era encontrar una oportunidad para comenzar una vida nueva lejos de Brasil, alejado de situaciones amenazantes. Juan desconocía que su mayor enemigo estaba dentro de sí mismo y lo acompañaría donde quiera que fuera.

Tristeza ñao tem fim, felicidade sim.
La tristeza no tiene fin, la felicidad sí.

Vinicius de Moraes

Con la falsa creencia de que lo latente termina por dejar de existir, Juan se instaló en su apartamento recién heredado y no le resultó difícil encontrar trabajo como camarero en un bar del Cabanyal. La emoción por su vida nueva lo mantenía enérgico y, a pesar de su carácter reservado, se había propuesto que ninguna excusa infundada iba a desmoralizarle en su voluntad de socializarse: *“siempre había pensado que el hecho de ser homosexual era una traba para entablar amistades, pero pronto me di cuenta de que Valencia era una ciudad abierta y en ella había todo un submundo por descubrir”*. Como desconocía las maneras de proceder y solo hablaba portugués, Juan permaneció semanas sin atreverse a mediar palabra con nadie por miedo a ser señalado. Pero, como suele pasar cuando uno no lo piensa demasiado: *“una tarde, paseando por el barrio del Carmen, se me ocurrió seguir a un chico que me pareció que tenía bastante pluma.*

Supuse que se dirigiría a algún sitio donde yo pudiera hacer amigos”. Ahí conoció Estudio 54. Y aunque ese día no interactuó con ninguna persona, no descartó pasarse por allí las noches siguientes: “sin proponérmelo y casi sin reconocermelo pronto me vi envuelto en toda la movida gay de la ciudad: conocía gente en todos los lugares, recorría las rutas de pubs y hasta llegué a trabajar como portero en alguna discoteca”. Pero en las calles, en los locales, en el trabajo, Juan podía estar en muchas partes y a la vez no estar en ninguna. En su cabeza una voz amenazante le susurraba permanentemente que no estaba bien actuar como si nada hubiera ocurrido.

El origen de los miedos: *Tristeza*

La vida de Juan en Brasil había sido muy diferente. Él nunca había dudado sobre su sexualidad, pero sin embargo la había mantenido oculta ante su círculo más cercano: *“mi hermano solía presentarme a chicas con la esperanza de que me fijara en ellas, pero como no quería percatarse de mi desinterés, me vi obligado a decírselo*

claramente". Fue la primera y única persona a la que se atrevió a contarle su secreto: *"pero su reacción fue que pidiera cita en un psicólogo para que me lo arreglara, así que llegué a la conclusión de que para evitar malos ratos debía mantener mi sexualidad en la más estricta intimidad"*.

Creyéndose rechazado por conocedores y desconocedores de su circunstancia, Juan conoció a los 20 años a su primer novio en un cine: *"Félix era 12 años mayor que yo y eso me transmitía mucha seguridad, pues a su lado llegué a sentir que ser gay era algo maravilloso"*. Pero siete años después Félix sufrió una neumonía y le diagnosticaron VIH. Desde entonces todo cambió para ellos: *"él dejó de cuidarse y comenzó a salir todas las noches, como intentando aprovechar el tiempo mientras pudiera. Yo no podía seguir su ritmo porque pensar en su empeoramiento me mantenía con la idea de que yo también podía tener VIH dado que mis relaciones con él habían sido desprotegidas"*. El miedo se apoderó de Juan y se vio incapaz de afrontar la situación: *"me acobardé y me alejé: lo acompañé en su proceso vía telefónica"*. Después de varias

idas y venidas, entre salidas del *after* y entradas al hospital, Félix murió en 1988. Entonces, Juan temió tanto hacerse las pruebas que atrasó el proceso cuanto pudo, con la esperanza de que si no lo pensaba, quizás nunca tendría que enfrentarse al problema.

Dejó pasar los meses, Juan, como si estuviera vacío por dentro, pensando ya solo en algunos de sus momentos menos lúcidos que el tiempo podría apiadarse de él. Entonces, ya en Valencia, una noche conoció a Toni en Alex, que ahora es Mogambo: *“esa misma noche tuvimos sexo y nos gustamos, así que planeamos quedar más veces”*. Fueron unas semanas fantásticas para ambos, sobre todo porque Juan hallaba con ello una excusa para distraerse de su problema, pero de repente Toni enfermó y fue ingresado en el hospital por una pulmonía. El médico le diagnosticó VIH y murió al muy poco tiempo: *“todo pasó tan rápido que, cuando fui consciente, exploté de auténtico terror. Los colegas de la noche, de manera más o menos discreta, comenzaron a preguntarme si yo también tenía VIH”*. Pero

Juan, inmerso en angustia, también desconocía esa respuesta.

“La pesadilla me perseguía, era más que probable que yo también tuviera VIH y debía protegerme antes de que fuera demasiado tarde. Porque si miedo me daba conocer la verdad, terror me causaba la idea de poder morir”. Entonces, Juan decidió hacerse las pruebas.

La conciencia de los miedos: *Saudade*

Cuando le dijeron a Juan que tenía VIH en 1993 cayó en una profunda depresión. Juan pensaba que la muerte le perseguía y dejó de vivir su vida para basarla en las imágenes que proyectaba sobre sí mismo de su propio entierro y su trayectoria en este mundo. En un momento en que creyó que explotaba se armó de valor para llamar a Brasil y contar todo lo sucedido a sus hermanas: *“en cuanto las avisé de que algo grave me ocurría compraron unos billetes y vinieron a Valencia a ofrecerme su apoyo”.* Había nacido en Juan un profundo sentimiento de melancolía: *“mi familia trató de tranquilizarme y me sentí amparado, tanto*

que cuando regresó a Brasil me planteé muy seriamente volverme con ellos para seguir sintiéndome protegido”. Pero ésa era la solución fácil, así que decidió permanecer en Valencia para comprender su enfermedad por sí mismo y tratar de adaptarse a ella.

En Valencia tenía amigos para salir y para mantener sexo esporádico, pero a la hora de la verdad Juan sentía que no podía contar con nadie: *“no estaba dispuesto a darles explicaciones para que comenzaran a tratarme de manera diferente. No se trata de una actitud discriminatoria, pero sí es indicativa: te apunta”*. Juan siempre ha tenido dificultad para entablar relaciones amistosas de calidad, sus pensamientos siempre le alertan de que no debe fiarse de las personas que conoce: *“yo quería gestionar mi problema en solitario empezando por mantenerme ocupado con un trabajo”*. Entonces comenzó a acudir a centros de empleo para personas con discapacidad donde le terminaron dirigiendo al Centro de empleo del Comité Antisida. Allí Juan trabaja desde hace 7 años como ayudante de cocina. ¿Podría su enfermedad

permitirle llevar una vida con la que se sintiera cómodo?

El desafío de los miedos: *Felicidade*

Juan conoció a su pareja actual en La Guerra. Era el año 2003. La Guerra era un local situado en calle Quart (actualmente Víbora Rock-Bar) donde se acudía en busca de encuentros sexuales. En la planta baja había una barra de bar, en la primera, una sala de cine porno y más arriba, los cuartos oscuros: *“allí todos sabíamos a lo que íbamos: a alguno le gustaba mirar, a otros solo tocar, pero el quid de la cuestión era ir en busca del placer sin contemplaciones. Una noche me gustó un chico y mantuve una relación sexual protegida con él. Comenzamos a quedar para ir al cine, para cenar y en la tercera cita le comenté que tenía VIH y había sufrido la muerte de dos parejas”*.

Al principio, cuenta Juan, a José le resultó muy difícil aceptar la situación, pero trató de ser comprensivo y poco después pidió a Juan iniciar una vida juntos en un mismo hogar: *“desde entonces normalizamos*

nuestra relación y dejamos poco a poco de ir a discotecas: antes salíamos en grupo o en solitario tratando de encontrar a alguien, ahora ya no lo veíamos necesario”.

Juan lleva una vida tranquila en el trabajo y en casa. Durante los 20 años que padece VIH ha sufrido un par de infecciones y un herpes zóster en la espalda. Su cuerpo fue acostumbrándose a los retrovirales y desde hace dos años toma 14 pastillas al día para seguir manteniendo una carga viral neutra. Juan, aunque admite que debería hacer más deporte, se siente satisfecho de haber reducido en cierta medida su carácter obsesivo: *“los años me han hecho vivir algo más relajado, pero lo cierto es que cuando pienso que tengo una enfermedad crónica, y que nunca voy a poder deshacerme de ella, no puedo evitar sobrecogerme a sabiendas de que podría morir mañana por alguna otra cuestión”.* A veces, Juan todavía se irrita, se molesta e incluso siente odio momentáneo cuando vive una situación en la que se cree señalado con el dedo: *“pero a pesar de que tengo recaídas emocionales, lo cierto es que me siento fuerte porque me doy cuenta de cada vez voy afrontando mejor lo que no*

me gusta y me reconforta saber que si me quiero, y me cuido, aún tengo mucho tiempo para seguir aprendiendo de mí mismo”.

La mujer rota, una crónica

“Mi marido y yo abandonamos Senegal ilusionados, buscando aumentar nuestra calidad de vida en España y, en mi caso, buscando acceder a las oportunidades que me habían sido negadas en mi país. Como es normal, el tiempo y las circunstancias acabaron por enfriar nuestra relación, a pesar de que las temperaturas de Canarias son suaves todo el año - bromea-. Así que por inercia ambos dejamos de tener sexo. Yo pensaba que esto le pasaba a todas las parejas que llevaban mucho tiempo, así que terminamos acostumbrándonos. Un buen día mi marido cambió de repente y se empeñó en penetrarme a todas

horas. Me extrañaba ciertamente su actitud pero yo accedía, siempre, porque mi religión dice que la mujer debe corresponder obediente las apetencias sexuales del marido. Él me ocultaba que tenía VIH y quiso que yo también lo tuviera”.

Se había desligado de mí, me había mentado: volvía a encontrarme sobre esta banqueta, sola. A cada segundo, al evocar su rostro, su voz atizaba un rencor que me devastaba. Como en esas enfermedades en las que uno se forja su propio sufrimiento, cada inspiración desgarrar los pulmones y sin embargo uno está obligado a respirar.

Simone de Beauvoir (La mujer rota, 1968) 30 de abril de 2009

Hoy Ramata se ha despertado muy temprano. Sabe que es necesario el esfuerzo y, a su pesar, se arma de valor para acudir a la Seguridad Social a contar su problema, a pedir ayuda. El mes anterior su marido había perdido su empleo y desde entonces Ramata había intentado acceder a innumerables trabajos sin obtener resultado. La situación le preocupaba. Sobre todo por su hijo. Y, para colmo, algo grave le estaba sucediendo a su marido que se encamaba de manera continuada por vómitos y diarreas. “No trabajar le ha empezado a convertir en un ser obsesivo”, si no Ramata era incapaz de explicarse por qué estaba tan dispuesto para

el sexo últimamente. Aun así, ahora había cosas más importantes que solucionar. Ramata se viste y, sin desayunar, parte hacia el ayuntamiento, lugar donde según le había dicho un conocido debía dirigirse para asuntos de ese tipo. Los funcionarios le informan de una prestación para la cual es necesaria una documentación concreta. A Ramata le falta tiempo para salir corriendo a ver si puede entregarlo todo ese mismo día. Al día siguiente, piensa, es Primero de Mayo y todo permanece cerrado. No quería atrasar el proceso que de por sí se hace esperar. Una vez en casa, acumula rápidamente todas las hojas pero detecta de inmediato una falta, la del contrato de alquiler. Entonces, en un intento por encontrarlo rápidamente telefonea a su marido. Este le ha dicho que busque en el chifonier del comedor. En estas, prueba con el primer cajón con la mala suerte de que, al tratar de abrirlo con una fuerza desmesurada para tal circunstancia, se cae por completo en el suelo junto con todo su contenido. Pega una ojeada rápida e identifica el documento faltante. No lo piensa, deja todo escampado, podrá recogerlo luego. Retorna al ayuntamiento y consigue entregar los papeles a tiempo. Ahora toca esperar, pero se siente orgullosa de haber concluido su

parte en un tiempo récord. A cualquier cosa regalamos nuestra satisfacción, cavila. Y regresa despacio a casa. Ha llegado justo a la hora de su rezo. Una vez concluido, acude al comedor de nuevo donde el desparrame de objetos permanece, ahora es el momento idóneo para recogerlo, ya están todos durmiendo y Ramata por fin tiene un rato para relajarse. Entonces comienza a ordenar.

Ni siquiera se fija en demasía en los trastos y papeles que organiza, pero sin percatarse desperdiga varias facturas. Tira a recogerlas, una a una, y da con un papel diseñado de manera diferente. Son los resultados de unos análisis que dan VIH positivo. Están fechados en el mes anterior y signados a nombre de su marido.

Ramata no diría nada esa noche a pesar de que su marido se empeñara en tener sexo. Vería pasar todas las horas del reloj y sobre las 5,00 a.m. acabaría dando la bienvenida a cualquier tipo de reflexión: “Dios ha puesto a mi disposición esa valiosa información que mi marido se niega a compartir. Todo sucede por algo”.



Quien se cruza con Ramata por la calle es capaz de ver de un simple vistazo a una mujer alta, corpulenta, fuerte; pero quien mantiene con ella una conversación puede percatarse rápidamente de que es una persona capaz de conseguir aquello que se proponga. Ramata, que ahora tiene 37, ha sido una mujer como pocas en Senegal. Un ejemplo a seguir para algunas y un bicho raro para otras, quizás mayorías. A ella siempre le ha gustado vestir con ropa de hombre y eso removía los comentarios de burla entre sus vecinos, pero no le importaba, al contrario, siempre ha disfrutado creando impacto entre la gente. Le provoca una risa jactanciosa y le hace pensar que va por buen camino. Siempre había querido ser futbolista o jugadora de baloncesto, soñaba con ser deportista de élite pues en la técnica era mejor que muchos de sus más masculinos compañeros. Y ella lo sabía.

Sin embargo, Senegal es un país, según cuenta Ramata, donde poco importa lo que una mujer tenga voluntad de hacer: “mis sueños de deportista se fueron esfumando desde que supe que el siguiente paso era casarme y cuidar de una familia”. Aun así, Ramata nunca dejó de plantearse proyectos

en la intimidad que denotan sus grandes habilidades sociales y sus buenas ideas: “olvidé el deporte y comencé a explotar mi espíritu emprendedor, con ideas de empresa muy potentes para contribuir en el desarrollo de mi país, pero nunca he podido ponerlos en marcha porque ante el banco siempre he necesitado el apoyo de mi marido y él siempre se ha negado a dármelo”.

1 de Mayo de 2009

Como ha pasado la noche en vela, espera que se hagan las 8,00 para llamar al Centro de Salud. Lógicamente, los médicos de cabecera no trabajan ese día, así que una mujer le avisa que debe esperar un día para recibir consulta. Que si no se encuentra mal, debe esperar. Entonces, Ramata, que no puede contentarse con la agonía de la espera de un día más, concentrada en su incertidumbre, sale de casa y comienza a peinar el barrio en busca de un locutorio abierto. Encontrado, accede a un ordenador y coloca en un buscador la siguiente ecuación de búsqueda: “síntomas del VIH”. Ramata comienza a leer los diferentes resultados y no tarda demasiado en comprender que ella sufre la

mayor parte de ellos. Durante los días anteriores se había sentido con los ojos inflamados y con náuseas, pero era incapaz de creerse que le podía estar pasando lo que parecía. Después regresó a casa y su marido siguió pidiéndole sexo.



Ramata, aunque atrasó cuanto pudo la idea del matrimonio, terminó casándose con un hombre musulmán como ella, pero de ideas -añade- excesivamente conservadoras que se negaba, entre otras cosas, a que trabajara. La situación cambió al llegar a Tenerife en el año 2002: “mi marido, al ver que necesitábamos dinero, me permitió trabajar esporádica y únicamente en labores de limpieza”. Ella, que por entonces tenía 25 años, había realizado algunos cursos de informática básica en su país y quería realizar otros más actualizados, pero su marido, en un momento en que vio crecer las ambiciones de Ramata, y creyó poder perderla, la invitó a tomar de nuevo un descanso y llevar una vida más tranquila: “sabía que tarde o temprano me obligaría a quedarme en casa encerrada, como toda buena mujer senegalesa, así que decidí

quedarme embarazada para poder cuidar de un hijo”. Con esto, Ramata vio una oportunidad para abrir su círculo social y se propondría como cuidadora de niños en su barrio para reducir su hastío y aumentar así su independencia económica. Siempre fue ágil para encontrar vías de escape.

2 de mayo de 2009

A primera hora de la mañana Ramata se presenta frente al despacho de su médico de cabecera. Ha llegado sin desayunar, pensando que de ese modo el doctor podría rápidamente hacerle el análisis pertinente. Y ha llegado también sin desayunar porque últimamente ya es una rutina no hacerlo. El doctor la manda a casa con una cita para el día siguiente que en concreto especifica la palabra “análisis”. Según él, en España las cosas se hacen de otra manera: pidiendo más citas. Ramata regresa a casa y, temiendo lo peor, intenta permanecer todo el día lo más distante posible de su marido con tal de que éste no le proponga otra profusión de penetraciones. Por suerte, esa noche lo conseguiría y Ramata optaría por pedir un hueco en la cama de su hijo, aunque solo

fuera por no flagelarse con el sonido de las inspiraciones entrecortadas de su marido, que parecían augurarle un inminente destino plagado de intermitencias.



La vida de Ramata ha estado repleta de intentos. Su hijo crecía, comenzó a ir a la escuela y fue por entonces cuando se empeñó en prepararse para ir a la universidad, deseaba estudiar marketing y gestión de empresas, aunque fuera a distancia, desde casa, porque tenía un proyecto muy concreto en mente: “en mi país hay muchos cultivadores de arroz, pero solo se consume el que viene de fuera y yo sé cómo solucionarlo”. Ella, que mantenía contacto continuo con sus familiares senegaleses, quería contribuir en un cambio de conciencias, de tendencias, de crecimiento para Senegal: “por los irreconocibles silencios de mi marido ante mi insistencia todo me pareció propicio para iniciar mis estudios. Pero entonces, en cuestión de una semana, mi vida cambió por completo”.

3 de mayo de 2009

Ramata consigue hacerse sus análisis y regresa a casa con la mayor de las desesperanzas: ella puede estar asentando una peligrosa enfermedad y vive junto a un hombre que la induce a enfermarse sin razón o motivo aparente. A veces Ramata se pregunta qué ha hecho mal para merecer tal castigo, pero otras veces también se plantea si debe continuar siendo fiel a su religiosidad, si no debería plantar cara ante los abusos de su marido. Siempre que Ramata piensa de este modo termina sobrecogiéndose por un profundo sentimiento de culpa y responsabilidad. ¿Hacia dónde dirigirse con un hijo tan pequeño, alejados de su país y su cultura, y en una isla de la que parece imposible escapar?

6 de mayo de 2009

Eran razonables los malos augurios. Ramata sale de la consulta del médico habiendo sido diagnosticada con VIH. Lo que sucede por su cabeza es intranscribible, pero la manera en que actúa es sorprendentemente valiente. Vuelve a casa a paso ligero, por suerte su marido ha salido, no duda en preparar sus

maletas, recoge a su hijo de la escuela, y sin pensarlo demasiado, como si una nube de polvo se instalara ante sus ojos y le impidiera cavilar, marcha hacia el aeropuerto de Tenerife y aterriza en Valencia donde tiene un conocido, no demasiado conocido. La vida ha dado un salto inesperado. Pero solo quien conoce a Ramata sabe que no es una persona que se rinda con facilidad.

Ramata y su hijo viven en Valencia desde entonces. Ha conocido a personas con VIH y ha aprendido a vivir con él de una manera normalizada. Ha tenido apoyo psicológico en el Comité y, a través de su mediación, consiguió también un trabajo que mantiene desde su llegada. Tiene una salud de hierro a pesar del VIH y solo toma un retroviral al día que no genera ningún tipo de impacto en su cuerpo. También ha olvidado a su marido, que quizás aún siga buscándola por los islotes del Atlántico. Ahora toda su vida es su hijo, que crece con una madurez muy poco usual en un niño y contenta a su madre con mimos y cuidados. Ramata, que no guarda odio ni rencor hacia el que fue su marido, vehicula su energía hacia rutas ilusionantes. Es una mujer luchadora que aún sonríe cuando se mira en el espejo: “me dedico a la limpieza y

utilizo mi tiempo libre en internet, aprendiendo, buscando canales de contacto con mi país e informándome sobre ayudas económicas para mujeres emprendedoras en Senegal. Yo sé que terminaré volviendo a trabajar por contribuir en la mejora de mi país”. Ramata es perseverante, como pocas, y cree que la paciencia otorgará recompensas a las personas realmente virtuosas. ♦♦♦



Con la colaboración de la Dirección
General de Diversidad Funcional



café
NEGRITO

octubre
Centre de Cultura Contemporània

HISTORIAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
IAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
STORIAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
HISTORIAS de VIHDA HISTORIAS
HISTORIAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
STORIAS de VIHDA HISTORIAS de V
HISTORIAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
HISTORIAS de VIHDA HISTORIAS de V
ISTORIAS de VIHDA HISTORIAS
HISTORIAS de VIHDA HISTORIAS de
ISTORIAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
IAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA
IAS de VIHDA HISTORIAS de VIHDA